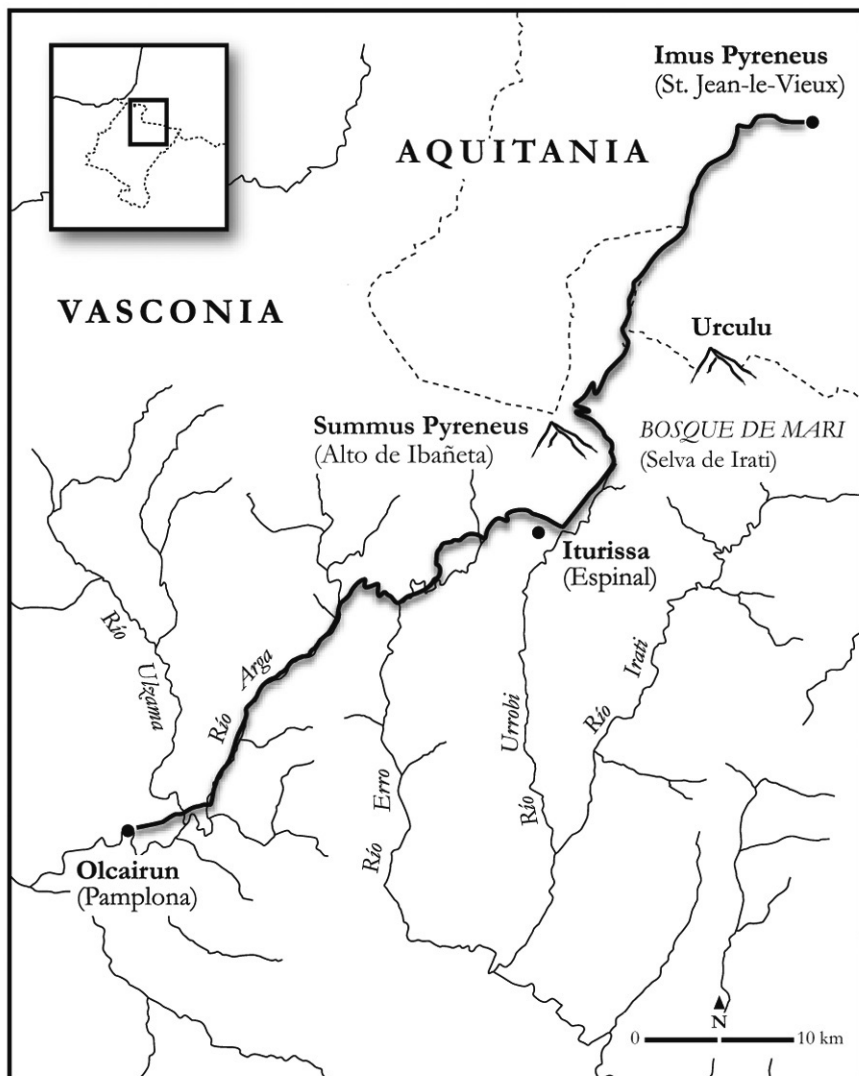


ISMAEL MARTÍNEZ BIURRÚN

infierno
NEVADO

— INFERNU ELURTUTA —

PASO DEL PIRINEO OCCIDENTAL SIGLO I A.C.



----- Actual frontera de Navarra con Francia

ÍNDICE

Proemio

9

I. El Fuerte de Olcairun

23

II. La Quinta Cohorte

71

III. El Bosque de Mari

113

IV. Urkullu

151

V. En las Puertas de la Oscuridad

201

Epílogo

257

Nota del Autor

265

PROEMIO

DURANTE DOCE AÑOS HE vivido en paz al abrigo de mi locura. Doce años desde que los soldados encontraron mi cuerpo magullado en aquella cañada nevada del Summo Pirineo, con los dedos de los pies ya más negros que lívidos y los ojos abiertos con la expresión ausente de los muertos. ¿Por qué no me dejaron allí? ¿Acaso les pedí que me resucitaran? Malditos, malditos sean para siempre los que me salvaron cuando ya acariciaba la cálida oscuridad de la no existencia. ¿Cómo no iba a enloquecer? Cuando el alma de un hombre ha quebrado de espanto y ya no soporta ni la sola contemplación de su memoria, la locura se convierte en la única opción sensata para sobrevivir, si es que puede llamarse vida a la persistencia de un cuerpo sin espíritu.

Soy sincero al decir que no simulé mis ataques, ni exageré al levantar mi voz cuando los médicos griegos me acosaban con sus preguntas. Nunca he tenido madera de histrión —aunque todos me reconocían una sensibilidad especial que ahora me mortifica—, pero confieso que la demencia me embriagaba muy placenteramente. Cuanto más me alejaba de mí y de mis recuerdos más cerca estaba de encontrar soportable mi vida; la tranquilidad sólo podía hallarla en la inconsciencia absoluta.

Así pues acepté mi condición de loco con algún entusiasmo, aunque mi trastorno no era tal como para desconocer el siniestro destino que la gloriosa Roma depara a enfermos como yo. Por eso abusé de la protección de mi padre hasta que murió y tuve que abandonar la casa familiar de Capua, por no quedarme al amparo de mis abyectos hermanos. De él me quedó una exigua asignación con la que todavía pago este cochambroso

cenáculo en lo más oscuro del Aventino. ¡Qué sórdidas habrían sido mis noches aquí sin la compañía de Ennio! Ay, pero su hermosura y sus poemas nada podrían consolarme en esta noche de insomnio... No, mejor que no vuelva esta noche a casa, o él también me tomará por loco.

Os digo que Roma me acogió con su cara más miserable, y por un tiempo tuve la impresión de que mi demencia encajaba maravillosamente con la frenética locura de la ciudad hasta hacerme pasar desapercibido. Pero en más de una ocasión he caído invocando el nombre de Pompeyo en la calle, en las termas o en el foro, cuando las burlas y los empujones de algún ciudadano poco avisado herían demasiado mi orgullo. «¡Soy Lucio Celio Rufo, veterano de Hispania!», gritaba, y ya nadie se arriesgaba a tocarme por temor a que mis palabras fueran ciertas. Así protegía mi alma moribunda de la humillación, sí, pero cada vez que me parapetaba tras la gloria de mi pasado legionario, siquiera por un fugaz instante, todo mi cuerpo se cobraba un tributo en forma de estremecimiento helado que me sacudía entero, y me entraban ganas incontenibles de gritar y correr como un lunático, huyendo de mi propia sombra hasta que el cansancio me obsequiara con un desvanecimiento. Así alimenté mi propia fama de perturbado hasta convencerme a mí mismo de que lo estaba, y no siento rubor al reconocer que fue entonces cuando encontré la paz que andaba buscando. Domestiqué mis visiones de muerte como simples ocurrencias de loco y a mis recuerdos llamé fantasías sin sentido; incluso mis horribles pesadillas parecían conjurarse con una sola caricia de Ennio. Doce años...

Ahora, a la luz de este candil y en el silencio de la noche, siento que todo este tiempo el horror ha permanecido agazapado en el fondo de mi memoria, como un murciélago dormido en una recóndita grieta que espera al crepúsculo para desplegar sus alas. ¿No escucháis su aleteo ahora? Si hasta hoy no he sido un loco mañana lo seré sin duda, suponiendo que sobreviva a esta noche. ¿Y por qué estoy escribiendo? Debe ser un puro acto reflejo, quizá para amortiguar mi ansiedad, ya que la única persona que podría creerme ha muerto hace unas horas. ¡Qué larga puede hacerse una noche! Será el miedo a más noches como ésta lo que me impulsa a escribir mi sentencia de muerte, porque de ninguna otra forma se puede llamar a esta carta. Si los agentes de Pompeyo no me encuentran yo mismo iré a

buscarles al amanecer; subiré al foro y contaré a los ciudadanos qué fue de la Quinta Cohorte de Olcairun. Les hablaré de la nieve, de los tambores en la noche, de la cueva sin fondo... Y les hablaré del hombre más bravo que ha pisado nunca el suelo de Roma, Arranes el vascón. Hablaré y puede que se rían de mí hasta que algún encapuchado se acerque y haga callar mi garganta con la espada. Entonces sabrán que no mentía.

Pero eso será mañana. Ahora es momento de empapar mi pluma en tinta y tomar aliento para convertir en palabras los recuerdos que hierven en mi cabeza. Empezar siempre da vértigo cuando la empresa es larga y promete dolor, pero el amanecer está cerca y no me queda tiempo para vacilar. Os contaré mi historia tal y como vive en mi memoria, remendando con la imaginación los agujeros que hayan podido horadar en ella el tiempo y la senectud, que no la locura. Pues todo en esta historia es tan cierto como que acaba de aullar un perro bajo este mismo balcón.

Y no hay otro modo de empezarla que por el hombre cuya vida ha sido sacrificada por mi culpa, por el simple hecho de tropezarme con él y reconocerle, cuando ambos habíamos encomendado nuestra supervivencia al dios del olvido.

No han pasado ni seis horas.

Cuando el Sol se está ocultando por detrás del Palatino y las calles empiezan a vaciarse suena cada día la campana de los baños de la Puerta Querquetulana. No son unos baños grandes ni fastuosos, y su uso diurno ha quedado restringido para mujeres desde hace tiempo, pero son los únicos que al anochecer vuelven a abrir sus puertas para los mutilados del ejército. ¡Así trata Roma a los que llevan su historia gloriosa escrita en la piel! Como engendros tienen que esperar a la oscuridad para que los sensibles ojos del ciudadano no se escandalicen de su desnuda tullidez, inecios ingratos! Así, a la hora duodécima se forma un esperpéntico desfile de sombras contrahechas que renquean por las callejuelas más oscuras hacia los baños, una dolorosa procesión de almas ansiosas por recuperar su dignidad a base de vapores y restregaduras. Algunos privilegiados tienen

un esclavo sobre el que apoyarse mientras alumbraba su paso con la antorcha, pero los de auténtica fortuna disponen de baños propios y nunca se les ve mezclarse con la escoria.

Mi caso es particular. Solía frecuentar las termas del centro con naturalidad, puesto que nada hay desagradable en mi cuerpo fuera de una prematura marchitez y el vacío que dejaron mis cuatro dedos del pie izquierdo, muertos de frío en el corazón del Pirineo; pero una tarde algo debió hacerme perder la cabeza y estallé en gritos provocando gran alboroto. De inmediato me echaron a patadas y prohibieron mi entrada en adelante tomándome por demente peligroso. ¡Si ellos hubieran visto lo que vi yo, deslizándose su vientre escamoso por el fondo de la piscina!...

Al cabo de las noches acostumbré mi mirada a todo tipo de mutilaciones espantosas y pude empezar a disfrutar de mis baños en las termas de los veteranos casi como si estuviera solo. Después de todo nunca nos juntábamos más de dos docenas por noche, y moviéndome con cuidado podía terminar mi aseo sin haberme rozado con ninguno de ellos. Pero anoche me llevé una gran sorpresa.

Acudí algo más tarde que de costumbre, habiéndome entretenido en alguna lectura, pero confiado en que las lluvias de la tarde hubieran disuadido del baño a los más inválidos. Al doblar la última esquina me topé con una silenciosa multitud colapsando la entrada de las termas; cien, ciento cincuenta veteranos bien vestidos y la mitad de esclavos sosteniendo antorchas a su lado, esperando serenamente el aviso de la campana.

—¿Qué pasa? ¿Quiénes son? —pregunté a un cojo habitual que reconocí a mi lado.

—Pompeyo ha licenciado a su ejército —confió en un susurro.

Había oído hablar de los éxitos del general en Oriente y de los increíbles tesoros que traían sus barcos, pero ahora mis ojos podían atestiguar esos triunfos en los ornamentos relucientes de sus veteranos: brazaletes de oro, togas de chillones colores y collares abigarrados de regiones remotas... Una pomposidad demasiado inapropiada para el baño pero imprescindible para marcar las diferencias con los demás tullidos, aunque los miembros cercenados fueran igualmente feos bajo el manto o la ausencia de brazos obligara a un pliegue virtuoso de dicha prenda sobre los hombros.

¡El ejército de Pompeyo!, me excité súbitamente. ¿Quedaría alguien de...? No, no, mejor no pensarlo siquiera. Agaché la cabeza y cuando sonó la campana esperé a que todos entraran por delante de mí, incapaz de enfrentarme a las miradas de aquellos hombres. Tentado estuve incluso de regresar corriendo a mi casa para sumergirme de nuevo en mis lecturas griegas, y ahogar en ellas la visión de aquellos soldados antes de que desatara la furia evocadora de mi memoria. Pero ya era tarde, y una inconsciente curiosidad me arrastraba tras ellos como un remolino hacia el fondo del río, sin dejarme opción a la resistencia.

Los vestuarios se quedaban estrechos para tanto bañista y estaban tenuemente iluminados como el resto de las instalaciones, por lo que desvestirse resultó un proceso harto incómodo para los pompeyanos a pesar de la ayuda de sus esclavos. No escuché sin embargo una protesta ni una mala palabra salir de sus bocas, como si el sentimiento de miseria les fuera más soportable en silencio. Los bañistas habituales nos despojamos con mayor rapidez de nuestras sencillas túnicas y fuimos los primeros en enfilarse hacia los sudatorios. Pronto se formó corrillo en una esquina y me acerqué para escuchar sus animados murmullos, mientras nuestros cuerpos se calentaban con los vapores.

—¿Habéis visto qué aires se dan? —decía uno.

—¡Parece que van a un banquete! —reía el otro.

—Hasta los héroes tienen que venir a bañarse aquí. ¿Qué va a ser de Roma? —reflexionaba un tercero.

Cuando los veteranos comenzaron a entrar todas las voces se callaron y el golpeteo de las muletas contra el suelo de terracota adquirió un eco siniestro en la bóveda del caldario. Noté alguna mirada posarse en mi cuerpo, sin duda intrigada —y diría que ofendida— por su aparente integridad, e instintivamente reulé hasta un recoveco oscuro. La sola idea de que uno preguntara mi nombre me llenaba de terror, e incluso ideé mentiras para responder si eso sucedía; de nuevo mi pasado en la Legión regresaba para sojuzgarme.

Desde mi escondite observé a los legionarios durante largo rato, y aunque la penumbra no me permitía distinguir los rostros creí notar en todos ellos una misma expresión de amargura y rabia contenida. Algunos

mandaron a sus esclavos frotar su espalda con las estrígilas, pero o bien la impericia de los siervos o bien el sentimiento de invalidez terminaban por irritarles y pronto exigían que parasen.

Fue cuando un grupo se levantó para cruzar hacia el tepidario que mi mirada se fijó en un hombre robusto y barbado caminando con cierta majestad entre los demás. Me costó distinguir la amputación en su brazo derecho, a la altura del codo, y por buscar su tara no tuve tiempo de examinar su rostro; pero algo misterioso en él había llamado poderosamente mi atención, y me levanté para andar tras él.

Pocos se atrevían a zambullirse en la piscina del frigidario, no tanto por la gelidez del agua —que era considerable tras las lluvias vespertinas— como por el miedo a trastabillar y quedar en el líquido a merced de sus mermados miembros; así que se sentaban en silencio sobre el mismo borde, sumidos en sus pensamientos miserables, hasta que el tiritar de su cuerpo se hacía incontenible y decidían marcharse a por sus ropas. Pero el hombre de barba negra no dudó en descender los escalones de la piscina y sumergirse en ella hasta el cuello, sin un solo gesto de vacilación ni un sutil escalofrío, y con la impasible solemnidad de un Neptuno comenzó a atravesarla caminando.

Demasiado tarde para la luz del sol y pronto para la de la luna, mis ojos tuvieron que bastarse con las teas de las paredes para distinguir el perfil de aquel hombre en el agua. ¿Por qué me producía tanta inquietud ese manco? ¿Acaso lo había conocido en mis tiempos de escribano? ¿Era un veterano de Hispania como yo? Me arrimé unos pasos hacia él cuando salió por el otro extremo de la piscina, embargado por el secreto que se ocultaba en aquel rostro barbudo. ¡Las barbas, claro, eso era lo que no encajaba! Más cerca, y bajo el parpadeo de un hachón cercano, traté de imaginar su rostro anguloso sin la tupida mata que lo escondía. Tanto debía pesar mi mirada que el hombre se volvió de súbito hacia donde yo estaba, y sus ojos claros se clavaron en los míos con desconfianza. Entonces le reconocí.

—Fi... ¿Filipo? —tartamudeé, estremecido.

El legionario dio un paso y por un momento pensé que me iba a golpear, pero simplemente escudriñó mi rostro y habló con voz profunda, casi desafiante:

—¿Quién pregunta por él?

—Soy yo... —me llevé la mano al pecho, y noté el latido furibundo de mi corazón al hablar— Celio Rufo.

Una niebla de desconcierto enturbió su expresión durante un instante, como si tuviera que bucear mil pies en su memoria para encontrar sentido a mi nombre. De pronto su rostro mudó, y pareció que un demonio le hubiera vaciado de alma porque sus ojos se ensombrecieron y su aplomo viril dio paso a un temblor inseguro en sus piernas. Trastabilló hacia atrás y estuvo a punto de dar con el suelo, sin quitarme la mirada como quien no puede apartar sus ojos de una aparición.

—Filipo... —le llamé sin alzar la voz, y di un paso hacia él para sujetarle, pero se sacudió mis dedos de encima como si quemaran y balbució entrecortadamente:

—No... te equivocas. Déjame.

Me dio la espalda para apresurarse hacia los vestuarios, con la cabeza gacha y el paso atropellado de un ladrón sorprendido en la noche. ¡Era él y me había reconocido, ya no podía dudar! ¿Qué mejor prueba que aquellas prisas para huir de mí con sólo saber mi nombre, tal que de un mensajero del mismísimo Hades?

No quise gritar por no armar alboroto, pero le seguí discretamente con intención de no dejarle escapar. Temí que si lo perdía entonces ya nunca volvería a verlo; ¡o quizás él me buscara una noche para degollarme! Tenía que hablar con Filipo antes de que tuviera tiempo para comprender el peligro que le suponía mi existencia.

En los vestuarios se apretujaban los más prestos en terminar y los más rezagados en llegar, veteranos borrachines que miraban a los pompeyanos con ojos como platos mientras se desnudaban. Divisé a Filipo haciéndose vestir por un esclavo fornido y melenuado, en la otra esquina de la sala. No era el momento. Busqué mi túnica y mis sandalias entre el rebujo de ropas y me apresuré a colocármelas sin dejar de vigilar los movimientos de Filipo. Nuestros ojos se encontraron dos veces, pero él los apartó con urgencia temiendo un gesto mío.

En cuanto le vi cruzar las puertas acompañado por su esclavo salí tras él, sabedor de que unos metros de ventaja podían bastarle para escabullirse de mí en las sombrías callejuelas de Roma. Tuve que abrirme

paso a empujones para poner el pie en la calzada, justo a tiempo de ver el fulgor de su antorcha perdiéndose tras una esquina. Corrí a su encuentro, y esta vez no dudé en gritar:

—¡Filipo! ¡Legionario Cayo Filipo!

Había empezado a llover de nuevo y el ímpetu de mi carrera me hizo resbalar sobre el barro cuando quise torcer la calle. Al alzar la vista del suelo me encontré con el filo curvo de una larga cimitarra ante mi rostro.

—*Centurión* Filipo —corrigió la voz profunda que sostenía el sable en la oscuridad. Cuando el esclavo nórdico se acercó con la antorcha y pude ver los dientes apretados de Filipo pensé que había llegado la hora de mi muerte, pero el afilado metal permaneció allí quieto un instante, salpicando gotas de lluvia en mis mejillas, y luego se apartó. Sin duda Filipo sintió conmiseración de mi patética vulnerabilidad, tirado e inerme en el barro. —¿Por qué me sigues?

—¿No te acuerdas de mí? Soy Celio Rufo, el escribano.

—Ese nombre no me dice nada —mintió, devolviendo el sable a su sirviente.

Pensé con rapidez, y le reté:

—¿Cómo perdiste el brazo?

—Un pirata me lo segó de un hachazo antes de que yo le rajara el cuello con la otra mano —respondió con el cansado aplomo de una historia contada mil veces.

—Mientes —repliqué envalentonado—. Lo perdiste mucho tiempo antes, en Hispania.

—Estás loco —rió y volvió a darme la espalda para marcharse, pero de nuevo sentí que le había hecho temblar por dentro. Me incorporé del barro para gritarle mientras se alejaba calle arriba:

—¡Sí, eso dicen todos! —me carcajeé como un demente— ¡Y será verdad, pues nadie más ha oído hablar de ningún tribuno llamado Arranes ni de ningún Pueblo Antiguo en las montañas del Pirineo!

Filipo se detuvo en seco. Ya no necesité gritar para mantener su atención prendida de mis palabras:

—Cuántas veces he lamentado no tener una señal en mi cuerpo para atestiguar la veracidad de mis palabras, una raja en el pecho o un

brazo segado que me demostrara cada mañana que no fue un sueño lo sucedido en aquella gruta de pasadizos infinitos... Aunque quizás habría terminado inventando una historia más conveniente para evitar las burlas y engañarme a mí mismo, ¿verdad, Filippo?

El veterano se giró, su miedo súbitamente transfigurado en ira, y regresó ante mí en cuatro zancadas. Agarró mi túnica con su musculoso brazo izquierdo y me zarandeó como un saco escupiéndome al rostro:

—¿Acaso no crees que he luchado contra los piratas cilicios y más allá de Chipre, en las tierras de Oriente? ¿No sabes que era temido entre mis propios soldados por ser el centurión más sanguinario de la Legión? —me mostró su brazalete con inscripciones— ¿Por qué crees que llevo esto en mi puño? ¡El mismo Pompeyo *el Grande* me lo dio por mi coraje y mi crueldad en la batalla!

Una voz senecta protestó desde una ventana por el griterío y Filippo me soltó, arrojándome de nuevo al lodo.

—¡Por supuesto! —recuperé mi voz, aún más seguro—. Así como yo amordacé mi memoria con locura, tú has ahogado la tuya en sangre de bárbaros, convirtiéndote en un asesino. Pero sigues siendo el mismo Filippo que conocí en Hispania, y los dos somos pruebas andantes de lo que ocurrió allí aunque nuestras bocas no digan más que mentiras.

La silueta de Filippo se alzaba ominosa sobre mí como una sombra ciclópea a punto de devorarme, pero intuí una vacilación en su silencio. Su espíritu era después de todo tan vulnerable como el mío.

—Tú lo has dicho —habló al fin, pausadamente—: soy un asesino. Y si vuelvo a verte o me entero de que has ido contando historias por ahí te buscaré para matarte con mis propias manos.

Y dicho esto regresó junto a su esclavo para desaparecer calle arriba, sin mirar atrás.

¡Como si me importara algo morir a estas alturas! La muerte para mí era ya más una esperanza de paz eterna que una amenaza innombrable, y éste mismo desapego a la vida, que no la lealtad a ningún *gran* general,

era sin duda el que había convertido a Filipo en el más temerario de los guerreros. ¿Cómo pudo subestimar tanto mi desesperación y darme la espalda? ¿No vio en mis ojos que jamás le dejaría marchar, porque hablar con él ya se había convertido en lo único con algún sentido que me quedaba por hacer?

Esta vez le seguí de bien lejos, asegurándome de que no me sintiera detrás. Recorrió unas callejuelas embarradas siguiendo el paso firme de su esclavo, pendiente arriba, y pronto se detuvo ante el zaguán de un pequeño edificio del Esquilino. Recuerdo que al verle entrar pensé, desde mi escondite en las sombras, cuán desagradecido había sido Pompeyo con aquel soldado después de todo, concediéndole una miserable casa —aunque una planta baja, no un elevado cenáculo como el mío— en las tripas de Roma en lugar de una generosa posesión de tierras en los dominios. Quizás el general prefería mantener cerca a sus veteranos más fieles por lo que pudiera suceder, o quizás Filipo había elegido venir a Roma para acallar sus pesadillas en el estruendo de la ciudad, como yo hice.

Aguardé largo rato allí de pie, dejando que la lluvia terminara de empapar mi túnica y cada rincón de mi piel, hasta que la luz de la lámpara pareció extinguirse dentro de la casa. Entonces conté hasta cuarenta y luego hacia atrás, dando tiempo para que el sueño se hiciera con el esclavo. Ignoraba si Filipo habría vuelto a encontrar alguna placidez en el dormir desde Hispania —¿soñando quizá con bárbaros ensartados y decapitados?—, pero sin duda aquella noche le costaría hallarla. No obstante me bastaba con sorprenderle con la guardia baja. . .

Con la única luz de la luna me llegué hasta su ventana y comprobé que no estaba atrancada. Entorné la hoja de madera lo suficiente para poder deslizarse mi cuerpo en el interior, silencioso y con la cabeza por delante como una serpiente. Tal como suponía, el mostrenco esclavo dormía en aquella sala, sobre el mismo suelo, mientras que Filipo disponía de un dormitorio al resguardo de los ruidos y el frío más adentro. Apenas podía distinguir el bulto informe de aquel hombre en el suelo, y si no roncara pesadamente no habría sabido en qué extremo se encontraba su cabeza. El infeliz estaba a mi merced.

No os he dicho que todo este tiempo llevaba una daga oculta bajo mi túnica, para que no pensarais que mis manos están acostumbradas a empuñarla y a derramar sangre con naturalidad. Mas si conocéis Roma no debe extrañaros que un desgraciado como yo vaya armado cuando pasea solo por la noche; más de una vez los borrachos me han dejado desnudo en mitad de la calle, por no tener un arma con que disuadirles.

Y allí estaba yo, tiritando de frío y con mi daga temblorosa sobre el cuello de la gigantesca mole, dispuesto a darle muerte en sueño como a un indefenso cordero. . . Cuando una voz musitó a mi espalda:

—No lo hagas.

Di un respingo tan violento que la daga se escurrió de mi mano sobre el pecho del esclavo, y me volví para ver a Filipo sosteniendo una lámpara de aceite en el umbral de su dormitorio. No iba armado ni se abalanzó hacia mí; al contrario, parecía sumido en una extraña laxitud.

—Es un buen esclavo —continuó sosegadamente—; y mi único amigo en Roma. Además, tú no eres un asesino —resopló una risa—. Te cortaría en seis pedazos antes de que le afeitaras un pelo. Ven conmigo y déjale que sueñe con la libertad hasta el amanecer.

Filipo volvió a entrar en su dormitorio y yo le seguí, sintiéndome muy ridículo. Ni siquiera me atreví a recoger el puñal del pecho del esclavo, que se inflaba y desinflaba como un fuelle, totalmente ajeno a nuestro trasiego. Aparté la piel que hacía las veces de puerta y encontré a Filipo reclinado en su espartano lecho junto a un artilugio de cristal que al principio no reconocí. Un humo aromatizado flotaba en la estancia, como de hierbas embriagantes, y comprendí su procedencia cuando Filipo se llevó a los labios —con notable mérito, pues lo manipulaba con el mismo brazo que le mantenía incorporado— una cánula emboquillada para aspirar de la cazoleta burbujeante; se trataba de una suerte de pipa gigante, con toda probabilidad traída de Oriente.

—¿Quieres? —me ofreció— nunca habrás probado nada igual.

Tal era su expresión de plácido abandono al exhalar el humo que no pude resistir su invitación, a pesar de que siempre me he mantenido lejos de los opiáceos por considerar que mi locura ya me proporcionaba

suficiente evasión de la realidad. Me recliné en la cama de al lado, cabeza con cabeza, y tomé la boquilla de su mano para fumar.

Una cálida nube inundó mis pulmones y me esforcé por mantenerla allí un tiempo, sintiendo el efecto de las exóticas hierbas filtrarse en mis músculos, adormeciéndolos. ¡Cómo lo necesitaba!

—Estás mojado —observó Filippo, inesperadamente preocupado por mi bienestar—. ¿Quieres ropa seca?

—El frío que tengo está más adentro de mi piel.

El manco asintió juiciosamente y dejó que le diera de fumar acercando su boca a mi mano. Por su embriaguez deduje que lo había estado haciendo todo el tiempo que yo esperaba bajo la lluvia. Tras exhalar el humo muy despacio volvió sus ojos hacia los míos y con una infinita tristeza me preguntó:

—¿Por qué sobrevivimos, Celio?

Un estremecimiento hizo que estuviera a punto de caérseme la boquilla de los dedos. Pero, ¿por qué me asustaba ahora? ¿No había seguido a Filippo para que me ayudara a desenterrar y conjurar los fantasmas del pasado?

—No lo sé —respondí, luchando para que los ojos no se me llenaran de lágrimas—. Me lo he preguntado cientos de veces y aún no lo sé. A veces pienso que debería haberme quitado la vida en el mismo momento que desperté en la nieve, y sin embargo aquí estoy doce años después. Lo que queda de mí, un loco que no sirve mas que para la compasión, cuando no la burla.

Filippo bajó su mirada hacia la lámpara de aceite, en el suelo, como si en su llama pudiera ver palpitar las imágenes de su memoria.

—Lo recuerdo todo como si fuera ayer —masculló, apretando los dientes—. Ni con el sufrimiento y el ardor de todas estas guerras he conseguido borrar uno solo de los momentos que pasamos aquellos días. En cada batalla, en cada escaramuza he deseado secretamente que una espada enemiga atravesara mi pecho y pusiera fin a mis pesadillas, pero los dioses han sido crueles conmigo haciéndome invencible.

—Querido Filippo, no sabes qué bien te entiendo.

—Cuando te he reconocido en los baños —continuó sin levantar la cabeza—... he sentido el impulso de lanzarme sobre ti y vengar en tu

carne todo mi dolor... Y al mismo tiempo... una luz se ha hecho en mi alma, como si una esperanza se abriera para mí, aunque me da miedo sólo intuirlo... ¿cómo explicarlo?... Tal vez seamos en verdad dos locos.

Alzó el rostro de nuevo y pude ver la profundidad de su terror en los ojos.

—¡No! —grité, incorporándome en el catre—. ¡Yo he sentido lo mismo! Es la esperanza de recuperar nuestra alma, Filipino, la que perdimos en aquella cueva. Sólo entonces podremos encontrar la paz... Aunque sea la paz para morir.

Vi un nudo hacerse en su garganta; acababa de abrirse un abismo bajo nuestros pies y los dos ansiábamos caer en él, pero el vértigo... el vértigo de recordar...

—¿Y qué podemos hacer? —su voz temblaba, quizá porque conocía la respuesta.

—Nada —me encogí de hombros—. Sólo nos quedaremos aquí un rato, charlando. Quizás eso sea suficiente.

No sé cuánto tiempo permanecemos así en silencio, fumando. El murmullo de la lluvia al otro lado del muro. El borbotear del agua dentro de la pipa. Los latidos de mi corazón en las sienes. Nuestra respiración profunda y sobrecogida.

Empezamos a hablar.

I. EL FUERTE DE OLCAIRUN

LA GUERRA CONTRA SERTORIO continuaba sin dirimirse después de casi dos años de lucha en Hispania, y a la celebración de cada batalla vencida seguía siempre el abatimiento por otra perdida. Ya se hablaba de diez mil muertos en las tres legiones traídas por Pompeyo a través de Alpes y Pirineo, y una profunda desazón comenzaba a enquistar los bravos corazones de los soldados al ver que sus disciplinadas formaciones nada podían hacer contra las escaramuzas tramposas del ejército de Sertorio. El general rebelde había sabido atraerse a numerosas tribus indígenas al norte y al sur del río Ibero, y con ellas sus sucias técnicas de lucha montañesa. A esta inesperada dificultad se sumaba una acuciante escasez de trigo en toda la región, fruto de nuestra propia desmesura a la hora de esquilmar los suelos hispanos durante la contienda. Por eso Pompeyo, nombrado procónsul por un Senado necesitado de grandes hombres, no concebía otra manera de regresar a Roma que no fuera entre los clamores del triunfo, y decidió acuartelar su ejército antes de los idus de octubre para recuperar fuerzas y aguardar al envío de trigo desde Aquitania, donde había ascendido a esperar el invierno su colega el procónsul Metelo Pío.

Siguiendo el consejo de su lugarteniente, un tribuno de origen vascón llamado Arranes, Pompeyo eligió la tranquila aldea de Olcairun para establecer su fuerte, en el límite occidental de la Tarraconense con Aquitania. Objeto de oscuras leyendas como los astures y los galaicos al oeste, los vascones se habían demostrado un pueblo pacífico y algo tímido, incapaz de levantar sus rústicas espadas contra la maquinaria militar romana de uno u otro bando. Sólo su inveterado odio hacia los celtíberos

del sur, aliados sanguinarios de Sertorio, y la presencia de Arranes en las filas de Pompeyo habían terminado por inclinar sus simpatías hacia el lado del procónsul *Magno*. Pero los rostros silenciosos de los lugareños no expresaban bienvenida sino inquietud y desconfianza el día de nuestra llegada, asomados a sus chozas de adobe para mirar a los legionarios construir la gran muralla del fuerte. Y su congoja se entiende fácil: no más de cien familias habitaban la brumosa Olcairun cuando Pompeyo mandó acampar a su vera a los veinte mil hombres que integrábamos su ejército. El terreno ocupado por el fuerte, con sus barracones, sus establos, su hospital, su comandancia, sus baños, sus graneros, sus talleres y su patio de armas, era unas diez veces más extenso que el de la aldea vascona, sin contar los pequeños cultivos que se diseminaban a su alrededor. Todo el emplazamiento estaba naturalmente protegido por un río que lo bordeaba excepto en su lado suroeste, donde los ingenieros reemplazaron la empalizada de los indígenas por otra de grandes bloques de piedra. Fueron miles los árboles talados para la construcción y docenas los huertos removidos que hicieron morderse la lengua a más de un aldeano; pero ninguno de ellos, hombretones de recia barba y pantalones al estilo galo, se atrevió a alzar un solo reproche.

Tenían fe en la sangre vascona de Arranes, aunque el fulgor de su uniforme —del que nunca se despojaba en las horas diurnas— impedía olvidar que se trataba de un soldado romano, y por tanto un extraño. Ni siquiera los ancianos de la aldea sabían a qué atenerse con él, pero le respetaban por ser hijo de un noble llamado Arbiscar, principal de la ciudad sureña de Segia. Nada habían oído del joven Arranes desde que se alistó en la Turma Salluitana para apoyar a Pompeyo Estrabón en las guerras itálicas, salvo que el general le había honrado con la ciudadanía romana por sus méritos tras la victoria. Y catorce años después aún se cuidaba de ostentar dicha distinción con orgullo: nunca faltaban el cornículo sobre su casco, la armilla en su brazo ni la falera en el arnés de su caballo. Semejante panoplia, unida a su recortada barba romana y sus dificultades para expresarse ya en la tosca lengua vascona, le dotaban de una aureola misteriosa casi legendaria, como si el haber luchado en tierras remotas le confiriese poderes divinos. Y él, que quizá tenía en la vanidad su único

pecado, se regodeaba discretamente de esta admiración silenciosa y atemorizada de los aldeanos.

Yo mismo, que conocí a Arranes apenas dos años antes de aquel otoño, comparto ahora ese sentimiento de prosternación al recordarle, y aún lo multiplico por diez, aunque mis razones provienen precisamente de lo que sucedió ese noviembre, cuyos únicos testigos fueron mis ojos y los de un infausto grupo de legionarios. Pronto entenderéis mis palabras. . .

La razón por las que Arranes me escogió como escribano personal a pesar de mi juventud, cuando Pompeyo recibió la orden de enfilear su ejército hacia Hispania, no puede ser otra que su afán por empaparse de mis conocimientos sobre la épica griega, que me atrevo a calificar de profundos. Tarea que asumí encantado, ya que, aunque sólo por imposición de mi padre abandoné mi toga de maestro para unirme a la Legión, el vascón me parecía un hombre lleno de misterios y su insaciable curiosidad —más insólita si cabe por ser soldado— me estimulaba enormemente para aleccionarle.

También es cierto que no gustaba mucho de conversar; atesoraba sus pensamientos en la cabeza bajo siete llaves, de modo que me era imposible interpretar aquellos largos silencios en los que se sumía cada vez que yo terminaba una de las lecturas, al anochecer en nuestra tienda de oficiales. ¿Qué tramaba? ¿Qué recordaba? Cuanto más insondable se hacían sus miradas más me fascinaban, hasta el punto que me pasaba todo el día esperando con impaciencia el atardecer para quedarme a solas con él y retomar nuestras lecciones. Nunca me tomó como amante, ni yo me insinué jamás a pesar de que cada pelo de mi piel se encrespaba cuando hablaba con su voz grave y arrastrada; tal era mi respeto hacia él.

De su vida sólo quiso contarme lo que ya me habían contado otros: luchó como jinete en Ausculum y después permaneció en el ejército de Estrabón hasta el asedio de Roma por Cinna y Mario. Allí corrió mejor suerte que su general y sobrevivió a la peste, para librarse después de las venganzas políticas gracias a Gneo Pompeyo, hijo de Estrabón y el hombre a quien consagraría ya el resto de su vida como oficial. La fortuna no abandonó al joven Pompeyo desde que se arrimó sabiamente a la sombra del dictador Sila, y pronto sus victorias lo encumbraron como héroe del pueblo romano

y seguro candidato para un próximo consulado. Así Arranes, por quien Pompeyo sentía una especial predilección por haber acompañado a su padre en las últimas horas, combatió también en Sicilia y África, disfrutó de los honores del triunfo por las calles de Roma y se convirtió en la mano derecha del entonces propretor, primero como decurión y luego como tribuno ecuestre, cuando ya rondaba los treinta y cinco años.

Y sin embargo estoy convencido de que el mismo Pompeyo, después de todo ese tiempo, no se sentía menos intrigado por Arranes que el mismo día en que lo conoció, y encontraba sus silencios meditabundos tan inextricables como lo eran para mí. Fueron aquellos fríos días de otoño en Olcairun cuando por primera vez empecé a vislumbrar lo que se escondía detrás de la mirada sombría del vascón; y sus sueños se revelaron proporcionados a la grandiosidad que yo auguraba para él...

He dicho que los aldeanos contemplaban a Arranes con atemorizado respeto, pero había una escandalosa excepción: un chiquillo de pelo pajizo llamado Neko irrumpía cada tarde en el campamento, después de ayudar a su madre con los animales de la granja, en busca de algún legionario que quisiera cambiarle un trozo de queso, unos huevos o unas setas por cualquier bagatela del uniforme. Tales trueques eran estrictamente castigados por los centuriones, de manera que el pobre Neko se tenía que conformar con empuñar alguna espada o calarse un yelmo durante el rato que su propietario tardaba en deglutir el aperitivo, escondidos en un barracón; otras veces había más suerte y salía del taller con una herradura sobrante o una pieza desechada de coraza para sus juegos.

Belartze era el nombre de su madre, una mujer de roma hermosura, sangre caliente y mirada digna, hija del anciano patrón Osaba Biurno. La misma tarde de la llegada de la Legión a Olcairun, Arranes presentó sus respetos a Osaba en nombre de Pompeyo, y desde entonces no había pasado ni un día sin que visitara su casa para informarle de las noticias o charlar sobre sus antepasados comunes. Asistí a todas aquellas reuniones con pluma y pergamino dispuesto a transcribir sus palabras hasta donde

podiera, lo que no era mucho ya que a menudo alternaban el latín con su lengua bárbara y me resultaba imposible seguir su conversación; al cabo de unas semanas, empero, comprendí que a mi tribuno le importaban poco mis anotaciones porque no eran las fatigosas charlas con el anciano las que le movían a visitar aquella casa. . .

Recuerdo que una tarde el pequeño Neko nos acompañó a Arranes y a mí desde el campamento hasta la casa de Osaba, dando saltos, corriendo y parlotando sin descanso a nuestro alrededor. Arranes intentaba sonreír, le revolvió el pelo, y sin duda apreciaba al crío, pero se le notaba incómodo. ¿No era una ironía? Un hombre que había formado su carácter cortando gargantas en el campo de batalla, cohibido por el natural descaro de un niño.

Desde luego, Neko no era el único que se había sentido atraído por el campamento romano; a sus puertas siempre aguardaba una multitud de campesinos venida de los pueblos cercanos para comerciar con todo tipo de géneros. Los más avisados llegaban de la ribera del Ibero y ya estaban acostumbrados a usar moneda romana en sus negocios, pero poco pudieron abultar sus bolsas a costa de las tropas de Pompeyo. A pesar del racionamiento al que nos obligaba la escasez de víveres el procónsul no estaba dispuesto a malgastar ni un solo as, y alentaba a los legionarios con promesas de los manjares que nos llegarían desde Aquitania. Pero las barrigas seguían rugiendo y algunos comentaban por lo bajo cuán fácil resultaría para una sola cohorte saquear todo el pueblo y las granjas cercanas; Pompeyo no necesitaba el consejo de Arranes, en este caso, para entender la inconveniencia de violentar a los vascones mientras tuviéramos que invernar en sus tierras, y mantenía una férrea disciplina de respeto obligado hacia ellos.

Aquella tarde, decía, Neko nos acompañó hasta la casa de Osaba, que era también su casa, puesto que el anciano la habitaba con su hija y su nieto. Belartze salió a la puerta con las manos blancas de harina y medio rostro oculto tras un mechón de azabache; después un silencioso escrutinio, empleó más gestos que palabras para indicarnos que su padre había bajado al río a pescar. Yo no entendía la creciente esquividad de la mujer con Arranes, que ya oscilaba entre la descortesía y la más cruda insolencia; mi tribuno siempre había guardado el mayor decoro en su presencia, e incluso

había hecho ostensible el agrado que le producía su compañía. Quizá le odiaba por soldado, quizá por traidor a su pueblo, o más probablemente por haber atraído el interés de su hijo hacia los romanos.

—Neko, ven aquí —le llamó, cuando el chiquillo ya se adelantaba corriendo sendero abajo—. Estás molestando.

—No nos molesta, mujer —terció Arranes con inapropiada vehemencia, para sólo conseguir una réplica más áspera:

—Necesito que me ayude.

Belartze sostuvo la mirada del tribuno hasta que el niño hubo entrado en la casa, rezongando, y luego desapareció tras él. Arranes agachó la cabeza y echó a andar hacia el río en silencio, sin duda preguntándose qué estaba haciendo mal.

La escarpada vereda terminaba abruptamente en la misma orilla del río, un río sereno y angosto al que los indígenas llamaban Araga. El puente de madera recién levantado por la Legión quedaba más al oeste, y hacia él nos encaminamos por la alameda en busca del anciano.

—Estúpida mujer —oí mascullar a Arranes por delante, hablando consigo mismo—. ¿Cómo vamos a saber ahora dónde está?

—¡Osaba! —voceé a la espesa vegetación—. ¡Osaba!

—*Chsssst*.

El siseo llegó desde muy cerca, pero entre los arbustos y juncos me costó distinguir su procedencia. El anciano estaba acucillado en una enorme roca que se alzaba en mitad de la corriente, sosteniendo algo en una mano y haciéndonos gestos con la otra para que nos acercáramos en silencio. Llamé a Arranes, que se había adelantado unos pasos, y nos abrimos camino entre la maleza para arriarnos al agua: cuatro inestables piedras semihundidas hacían las veces de puente hacia la atalaya de Osaba, corriente arriba.

—Vamos, venid —nos animó, divertido por nuestro titubeo—. Pero no os caigáis o me espantaréis los peces.

El cielo estaba despejado y apenas corría viento entre las dos riberas, pero era un otoño frío como el peor invierno y el torso desnudo del anciano se me antojó disparatado sobre aquella piedra. Cierto que parecía un viejo saludable, de carnes aún sonrosadas y firmes, pero incluso yo echaba en falta una capa para abrigarme.

Nos llegamos hasta él y se movió hacia un lado para que pudiéramos aposentarnos los tres en la roca, con algún aprieto. Entonces tiró de un hilo con su mano derecha y un anzuelo cebado emergió del agua remansada, sin presa. Osaba nos hizo fijarnos en un pequeño corcho atado al cordel cerca de su extremo, sin duda para mantener la trampa a poca profundidad.

—Lo he fabricado yo —anunció, orgulloso.

—¿Pican? —me interesé, ante la indiferencia de Arranes.

—Picarán. Es cuestión de paciencia.

Osaba se puso en pie para balancear el anzuelo en el aire y arrojarlo de nuevo al agua. Se distinguía el cuerpo plateado de algunos peces zigzagueando bajo los reflejos del sol, y Osaba los escudriñó atentamente antes de volver a sentarse.

—Las truchas son muy asustadizas —se justificó—. Os han visto y ya no se fían.

De pronto Arranes soltó una risotada. Osaba y yo nos volvimos hacia él, sorprendidos.

—Nadie se fía de mí. ¡Ni siquiera las truchas! —exclamó el tribuno, y volvió a reír. Pero latía una profunda amargura en su risa.

—Intuyo que dentro de ese «nadie» hay una alguien muy especial, ¿me equivoco? —los ojos azules del anciano volvieron a posarse sobre su cebo flotante, y sentí envidia de aquel hombre calvo y desdentado que podía ver a través de las palabras de Arranes igual que veía las truchas bajo el agua cristalina. Y el pez que nadaba en la mente del tribuno no era otro que la hermosa Belartze.

—No estamos aquí para hacer ningún mal al pueblo —se escabulló Arranes—, sino al contrario. Pompeyo ha dado su palabra de que os recompensará por vuestro apoyo, cuando pase el invierno y la guerra acabe.

—He conocido a muchos romanos —replicó Osaba, arqueando las cejas con escepticismo— y hasta ahora no he encontrado ninguno cuya palabra valga más que la de una de esas truchas —Arranes se puso rígido, pero no acusó el agravio y el anciano continuó:— Además, ¿qué clase de pueblo puede ser uno que manda a sus hijos a morir en tierras

extranjerías? Un pueblo que cambia sus fronteras cada amanecer no puede tener alma propia... Claro que tú conoces a más romanos que yo, y seguramente pensarás de otra manera.

Yo no salía de mi estupor; Osaba hablaba a Arranes como si no fuera un oficial del ejército romano, como si no pudiera ver su pechera de acero refulgir bajo el sol sobre aquella roca.

—He hecho algo más que conocer romanos, Osaba —respondió al fin mi tribuno, muy despacio—. He conocido Roma.

—Ah, Roma otra vez... —gruñó el anciano, cansado de escuchar las loas de Arranes a la ciudad del Tíber.

—Si tú la vieras... —siguió éste, exaltándose con sus propias palabras— Roma brilla en este mundo de bárbaros como una estrella en mitad de la noche. Y pronto se convertirá en la luz de todos los pueblos, hasta los que la rechazan en su ignorancia.

—Sí —convino Osaba, alentando por un instante la esperanza de Arranes—. Brilla tanto que te ha cegado.

Un zaherido silencio fue toda la respuesta de Arranes, y cuando el anciano alzó la vista fue él quien hundió la suya en el remanso del río. Pero Osaba podía oír sus pensamientos aun con los labios cerrados:

—Quieres casarte con Belartze, ¿verdad?

El tribuno le clavó entonces las pupilas con gran aplomo.

—Sí.

—Sabes que soy muy exigente en lo que se refiere a mi familia. Belartze no es para cualquiera que se presente con una resplandeciente armadura extranjera.

—Yo no soy extranjero —la recia voz de Arranes sonaba tajante, sin fisuras—; y tengo grandes aspiraciones para esta tierra.

—Ah, ahora lo entiendo... Aspiras a algo más que la mano de mi hija —Arranes escondió el rostro; el anciano estaba llegando demasiado adentro de su alma—. Pensaba que tú eras distinto a mi sobrino Gurtarno, pero ya veo que vuestra estrecha amistad no era casual.

—Gurtarno era como un hermano para mí —alegó Arranes, perdiendo la mirada en el horizonte de su memoria—, además de el mejor jinete de la Turma.

—Pero a su regreso no se conformó con los honores de un héroe. Quiso un trono, y el viejo Sosinase no necesitaba otra razón para odiarle; a fin de cuentas sus dos hijos no habían tenido la suerte de volver con él...

—¡Sosinadem y Sosimilo murieron apestados, ya te lo he dicho! —estalló el tribuno—. ¿O también piensas que tu sobrino era un asesino?

—No, no —aclaró el viejo, gesticulando para hablar más bajo—. Sólo digo que su ambición acabó matándole. Este no es un pueblo de reyes, Arranes. Nunca los hemos necesitado, y ahora tampoco.

Dando la conversación por concluida, Arranes se incorporó en la piedra con intención de marcharse. Osaba le detuvo:

—En cuanto a Belartze... Es mi hija y lo que más me importa en el mundo, pero yo no puedo decidir por ella.

—No te estoy pidiendo que me la des —protestó Arranes—, sólo quiero saber qué puedo hacer para que Belartze no me odie.

—No te odia, te teme. Puedes regalarle todos los perfumes y todas las joyas de Roma que todo tu cortejo será vano si no te ganas su confianza.

—¿Cómo?

El anciano se encogió de hombros.

—Belartze ama esta tierra. Demuéstrale que has venido aquí para algo más que expoliarla para tus soldados. Demuéstrale que tú también la amas.

Arranes excurtó el rostro de Osaba en espera de algo más, pero el viejo había vuelto a concentrarse en las truchas que se deslizaban en el remanso, merodeando su cebo. Sin pronunciar una palabra el tribuno descendió de la piedra y se encaminó decididamente hacia la orilla. Yo me permití una escueta despedida antes de volver a convertirme en la sombra fiel de mi oficial.

Recuerdo que esa noche se vieron caer los primeros copos, aunque pronto despejó y la nieve se fue extinguiendo lentamente bajo la luz de las estrellas. Desde la comandancia del campamento, algo elevada sobre el resto de los barracones, se pudo vislumbrar durante ese lapso el tenue resplandor blanquecino de los tejados a ambos lados de la muralla. Que el pueblo era antiguo se apreciaba por la estructura circular de algunas

de sus casas, más propias de tribus nómadas que de una raza civilizada como se proclamaban los vascones del sur. Y en la hora más recóndita de la noche, según relataba la cohorte de vigilancia, solía sentirse un extraño movimiento de antorchas por las callejuelas de la aldea; quizá los lugareños se reunían en alguna casa para celebrar sus ritos religiosos, quizá incluso sacrificaban algún pequeño animal a sus dioses primitivos. ¿Quién iba a reprochárselo, hallándose en su propia casa? No Pompeyo, desde luego, quien se tranquilizaba al constatar que nuestra presencia no había alterado excesivamente la vida cotidiana del pueblo.

O eso creíamos.

Un sirviente del procónsul vino a los alojamientos de Arranes cuando aprovechábamos la paz del conticinio para leer a Homero, interrumpiéndonos. Pompeyo requería la presencia del tribuno con urgencia, y Arranes no le quiso hacer esperar.

Había una explicación para el rubor que encendía los ya de por sí rosados mofletes del procónsul cuando entramos en su habitación, y estaba en la crátera de vino que descansaba mediada sobre una mesa. Más que ésto —y yo nunca había sorprendido ebrio a Pompeyo hasta entonces— me escandalizó encontrarle sin su ampuloso uniforme militar; se me hacía tan impúdico verlo en una camisa de lino y pantalones como verlo desnudo. Peor todavía, el rizo que colgaba sobre su frente terminaba de darle un aspecto infantil poco acorde con su pretendida aureola imperial.

El umbral entre aquella despejada antesala y el dormitorio del procónsul estaba cegado por una cortina mal corrida, y por la abertura entreví los pies desnudos de una mujer tumbada en lo que parecía un gran lecho; las notas de un arpa acariciada por dedos inexpertos llegaban de tanto en tanto a nuestros oídos.

—He escrito al Senado para informar de nuestra situación —comenzó a hablar el procónsul, después de haber saludado y ofrecido a Arranes una copa que éste rechazó. Flotaba una sonrisa extraña en sus labios y paseaba excitadamente por la habitación, pero su voz no acusaba la embriaguez—. Sabes bien que no me sobran los amigos en la Curia, y algunos auguran ya mi fracaso. Bastardos, nada les haría más felices, ¡brindarían por ello! Sobre todo desde que perdimos a Memio —torció el

rostro al mencionar el nombre de su lugarteniente, creo que con sincera compunción—. Corre el rumor de que Sertorio se ha aliado con Mitrídates y pretende marchar sobre Roma.

—Lo detendremos —atajó Arranes con seguridad.

—¡Lo sé, lo sé! Mi ánimo está incólume, fiel Arranes, no te inquietes por ello. Es la Legión lo que me preocupa.

—El ánimo de la Legión tam...

—¡No me digas lo que piensas que quiero oír! Sé que los soldados me son fieles, lo demuestran cada día en el campo de batalla. Pero el invierno se echa encima y estamos en una situación... difícil... —Se apoyó en la mesa y suspiró antes de anunciar. —Mañana ordenaré reducir otra vez el racionamiento.

Miré a mi tribuno estremecido. ¡Más racionamiento, si estábamos al límite de nuestras fuerzas! Pero las palabras de Arranes, aunque salieron renqueando, se alejaban demasiado de esta realidad angustiosa:

—La tropa aguantará hasta que llegue el trigo aquitano.

Pompeyo sonrió con amargura: era la mentira que esperaba. Dio otro paseo alrededor de la mesa, meditabundo, y se plantó ante Arranes con los ojos entornados.

—Tú hablas mucho con estos vascones.

Arranes interpretó alguna maliciosa sospecha en aquel comentario, y se defendió:

—También son mi gente. Quiero lo mejor para ellos.

—Sin duda, y no sabes cuánto me satisface su hospitalidad —hizo un guiño cómplice señalando la cortina de su dormitorio, detrás de la cual seguía sonando tímidamente un arpa—. La cuestión es, ¿quieren ellos lo mejor para nosotros?

En aquel momento comprendimos que el procónsul nos ocultaba alguna noticia, y el desconcierto dejó mudo a Arranes. Pompeyo me fulminó con una elocuente mirada antes de volverse hacia su silla.

—Me gustaría hablar a solas contigo, Arranes.

Turbado, hice amago de girarme para dejar la habitación, pero el vascón me sujetó del brazo.

—Espera. Celio Rufo es mi escribano, y nunca se separa de mí.

—Está bien, no tengo ganas de discutir —Pompeyo hizo un gesto desdenoso con la mano mientras se sentaba, decidido a hablar sin ambages—. Hace días que el envío de trigo debería haber llegado.

—Se habrán retrasado en el paso montañoso —replicó el tribuno, de nuevo haciendo gala de su pasional optimismo.

—No es un paso complicado, ni tampoco una gran distancia —Pompeyo balanceaba la cabeza pesadamente; no había llamado a Arranes para escuchar estúpidos consuelos—. Y han llegado rumores del pueblo a mis oídos...

—¿Qué rumores?

—Se dice que las provisiones no llegarán nunca.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Dímelo tú.

—¿Cómo... cómo puedo saberlo?

—Los vascones son un pueblo supersticioso, desde luego. No se puede creer todo lo que dicen: hechizos, bestias monstruosas, sacrificios humanos... Pero un hecho es indiscutible: no hay rastro del envío.

—No entiendo qué...

—Yo tampoco lo entiendo, Arranes —cada vez que mi tribuno abría la boca sólo conseguía irritar más al procónsul—. Por eso quiero que utilices tus influencias con esos bárbaros para averiguar qué han hecho con mi trigo.

—Oh, ellos no... los vascones jamás harían algo contra ...

—¿No? —Pompeyo se incorporó, y su última frase sonó a amenaza antes de encaminarse hacia la cortina del dormitorio—. Me alegro de que estés tan seguro, querido Arranes, ya que tú eres el responsable de que estemos aquí.

Llevábamos el tiempo suficiente en Olcairun para saber que todas las murmuraciones y augurios, a cuál más extraño, provenían de la misma lengua negra y viperina: la de la vieja *sorgin* Aliksa, la bruja. Tal era la certeza de Arranes que, apenas los cielos comenzaron a alborazar, se en-

fundó en su uniforme de tribuno y cruzó la puerta sur del campamento con paso rotundo en busca de su cabaña. Tuve que correr colina abajo para no perder su figura en la espesa neblina matutina, hasta que divisé con claridad cuál era nuestro destino: una gigantesca encina se alzaba solitaria en mitad de un prado cercano, y bajo sus ramas se adivinaba la forma de un pequeño chamizo. Al principio confundí con piedras los bultos que yacían en la escarchada hierba frente a su puerta, pero conforme nos aproximábamos noté que alguno se movía, y sentí un escalofrío al darme cuenta de que se trataba de gatos, dos docenas de gatos de todos los tamaños y colores, adormilados pero atentos como siniestros guardianes de la casa. Siempre me han repugnado esos pequeños animales, silenciosos como la noche, pérfidos como la noche. Sus ojos vidriosos y sus orejas puntiagudas vigilaron nuestros pasos al sortearlos para llegar ante la puerta, yo con algún cuidado más que Arranes. De hecho la cabaña estaba pegada al árbol como un hongo, y cuando mi tribuno apartó la mohosa lona del umbral encontramos a la vieja durmiendo en una oquedad del grueso tronco, acurrucada. El tenue resplandor del amanecer penetraba con la neblina por una ventana desprotegida, perfilando los cuerpos peludos de otros muchos gatos que también dormitaban en el interior.

—¡Bruja! —bramó Arranes, pero la mujer no se movió. La suciedad de su pelambreira y sus harapos era ostensible incluso en la penumbra, y anticipaba la fealdad del rostro que permanecía escondido entre las rodillas. Arranes no volvió a gritar, sino que directamente se acercó a ella, pisando a un gato que soltó un maullido atroz, y la zarandó del brazo para despertarla. Aliksa reaccionó de modo parecido al gato, con un bufido infrahumano y un feroz arañazo en la mano de Arranes.

—¡Quieta, alimaña!

No me había equivocado al intuir la monstruosidad de aquel rostro, más emparentado con las aves de carroña que con un ser humano. Sólo sus enormes ojos grises, vidriosos y resplandecientes como los de uno de aquellos felinos, estaban dotados de una belleza punzante, casi hipnótica. Cuando abrió su boca para escupir sus insultos incomprensibles pude comprobar que efectivamente su lengua estaba negra, incluso más que sus escasos dientes.

—¡Soy Arranes, tribuno de la Legión de Pompeyo! —la hizo callar mi tribuno, sin prestar atención al arañazo que había empezado a sangrar en el dorso de su mano—. ¿No me entiendes, mujer?

La vieja soltó una carcajada y nos sorprendió al responder en buen latín, sin levantarse del suelo:

—¿Ya has olvidado el idioma de tus padres, soldado?

—¡Cuéntame eso que has ido diciendo por ahí! —la exhortó sin merodeos Arranes—. ¿Qué ha sido del envío de grano? ¿Sabes algo, o lo inventas para limosnear?

—Yo no pido limosna, soldado. Ya quisieras para ti el respeto que me tienen todos en el pueblo.

—No te respetan; te temen porque eres una bruja y son supersticiosos. Pero eso ya se ha acabado. Ahora díme lo que sabes.

—Ah, —Aliksa se incorporó hacia nosotros, sacudiéndose los harapos como si no estuvieran hechos del mismo polvo. De pie no llegaba al pecho de Arranes, pero en su mirada asomaba una inquietante superioridad— entonces Pompeyo también debe ser supersticioso, si te ha enviado para sonsacarme.

Uno de los gatos había advertido la sangre que goteaba de la mano del tribuno, y con insolente temeridad se apoyó en su greba para estirar el cuello hacia la herida. La visión del animal intentando lamer su sangre debió de resultar igual de repulsiva para Arranes que para mí, porque sacudió una patada al animal que lo hizo volar contra las tablas. Aliksa gritó como si hubiera recibido el golpe en sus propias costillas, y apuntó a Arranes con un dedo retorcido y uñoso.

—¡No los toques, o no te diré ni una sola palabra!

—Está bien, habla ya.

Aliksa se acuclilló junto al gato lastimado y comenzó a acariciarle el lomo, transformando mágicamente sus gemidos en un dócil ronroneo. Todos los demás bichos se habían desperezado con el alboroto y sentí sus infinitos ojos hostigándonos desde cada rincón de la choza.

—Todos saben lo que yo sé —empezó a regañadientes— pero nadie se atreve a decirlo. Cada año se quedan mudos al llegar estas fechas, se afanan en sus granjas por el día y se reúnen por la noche para bailar a la Diosa Blanca, como si ella pudiera protegerles...

—¿Protegerles de qué?

—Haz memoria, soldado. ¿No recuerdas tu infancia?

—Soy segiense, bruja; allí no perdemos el tiempo con supersticiones. La mujer rió secamente.

—Los nobles no las necesitáis, ¿verdad?

—Sigue hablando.

—Todos los años —arrancó la *sorgin* muy despacio, afectando su voz con el susurro cadencioso de quien sabe hacer oscuras revelaciones—, antes de la llegada del invierno sucede algo horrible en las montañas. Durante una noche sin luna el hijo de algún campesino desaparece de su casa y ya nunca se le vuelve a ver.

—¿Quién se lo lleva?

Aliksa alzó sus ojos grises hacia nosotros, y contuvo una espantosa pausa antes de responder:

—*Sarrak*.

Incluso a mis oídos ignorantes aquella palabra sonó temible, como el eco de una pesadilla tan monstruosa que no nos atrevemos a contar, mas no habría sabido de la certeza de mi instinto de no verlo confirmado en el rostro palidecido de Arranes. La bruja lo percibió y se levantó para escudriñar el miedo en su mirada.

—Sí lo recuerdas, ¿verdad? —en su voz latía un perverso gozo—. Tu madre te habló de ellos cuando eras niño; seguro que te contaba historias espeluznantes a espaldas de tu padre ¿O fue tu abuela?

—¿Para qué se los llevan? —atajó Arranes con brusquedad.

—Lo sabes bien, fingidor. ¿Es que tienes que pretender olvido ante tu secretario? Se los llevan porque alguien tiene que dar de comer al que duerme en el abismo. O él saldrá de cacería. . . .

—El que duerme en el abismo... —repitió Arranes, apabullado por la fuerza de sus propios recuerdos.

—El nombre está en tu cabeza, soldado, ¿por qué no dejas que salga por tus labios? —la bruja se acercó al tribuno hasta casi hacerle respirar su aliento— *Suuu...*

—¡Calla! —Arranes se apartó, asqueado— ¿Piensas que soy un niño para asustarme con tus historias? ¡Te he preguntado por el trigo!

—¡Yo no sé dónde está tu trigo, estúpido! —Aliksa arañó el aire con sus manos huesudas— Pero la luna ya casi está llena y ningún niño ha sido echado en falta por sus padres. ¿Aún no lo entiendes? ¡Nunca ha pasado un año sin un sacrificio!

—¿Estás diciendo que las tropas han sido...? —Arranes me miró por primera vez, sólo para confirmar su estupor en el mío—. ¿Dices que han sido atacadas por los que habitan en las montañas?

Aliksa se inclinó de nuevo sobre sus pequeñas bestias, que se habían empezado a restregar frenéticamente con sus pantorrillas y maullaban suplicantes. ¡Cómo se regodeaba la arpía en nuestro anhelo de respuestas!

—Sólo hay una manera de averiguarlo, soldado —habló al fin, sin mirarnos.

El mero pensamiento de aventurarse en las montañas había dejado a mi tribuno como petrificado, con los ojos muy abiertos y la mirada perdida en un oscuro infinito. ¿Qué visiones tan terribles debían haber resucitado en la memoria de mi tribuno, que súbitamente le convertían ante mis ojos en un niño aterrado? Entonces me alegré de no saberlo, ¡infeliz de mí! Al cabo de unos instantes, y como la bruja ya sólo hablaba a sus animales, me atreví a tocar el brazo de Arranes. Dio un respingo y se volvió hacia mí sobrecogido, con una expresión tan espantada como si le hubiera rescatado del mismísimo Tártaro. Recobrado el aliento, lanzó una última mirada a la vieja y se volvió para salir de la choza sin pronunciar otras palabras.

Aliksa le hizo detenerse en la misma puerta:

—¿Ya te vas, soldado? —Arranes encaró de nuevo a la anciana, que ahora desplegaba una repugnante sonrisa—. Creo que si vas a adentrarte en los bosques necesitarás esto.

Arrastrando un pie como si lo llevara muerto, Aliksa se acercó a una combada alacena para coger una vasija de cristal turbio.

—¿Qué es eso? —el gesto de Arranes ya anticipaba repulsión.

—Para los malos sueños —explicó brevemente la bruja, tendiendo el frasco hacia nosotros. No podría jurarlo, pero me pareció distinguir que algo se movía en el interior—. Sólo te costará veinte ases.

Por un momento la duda se alió con la curiosidad en los ojos del tribuno y pensé que daría un paso para coger lo que ella nos ofrecía, pero cuando sus labios se abrieron el desprecio fue tajante:

—Puedes guardártelo, bruja. La Legión no necesita de tu magia.

Arranes se escabulló por la puerta sin esperar respuesta y la mirada gélida de la *sorgin* cayó entonces sobre mí, haciéndome sentir atrapado en una red invisible que me impedía todo movimiento. Abrí la boca para llamar a mi tribuno, pero mi lengua se había quedado yerma de terror. Para mi fortuna Aliksa no me consideró digno de su maleficio y al cabo se volvió hacia sus alimañas chillonas, liberándome de su tenaza. Quise salir a toda prisa, pero me envolví torpemente con la cortina mohosa de la puerta y esto me entretuvo lo suficiente para ver cómo la bruja esparcía el contenido de la vasija que nos había ofrecido por el suelo de la choza. Cualquiera que fuese la naturaleza de estos despojos, los gatos se echaron sobre ellos con frenética voracidad.

Volvíamos a cruzar la muralla, colina arriba, y no necesité preguntar a Arranes para imaginar hacia dónde encaminaba sus pies con tanto brío. La vehemencia en el gesto de Pompeyo aquella noche había hecho mella en su orgullo, más por la acusación de una deslealtad vasca que por la amenaza vertida directamente sobre su cabeza. Debía hallar alguna réplica para aquel deshonesto infundio, una respuesta que despejara cualquier atisbo de sospecha de la mente del procónsul. Era preciso reunir al consejo de ancianos de Olcairun.

Aún era temprano y los aldeanos remoloneaban en el calor de sus lechos, esperando a que la gélida neblina se disipase para comenzar las labores del día. Sólo un labrador partía ya con sus bueyes hacia los campos cercanos, enfundado en un basto abrigo de lana y con su zurrón colgado al hombro, cuando ascendimos la calle central en dirección a la casa de Osaba Biurno. Inesperadamente fue el anciano quien abrió la puerta antes de que Arranes la golpeará anunciando nuestra visita; se disponía a bajar de nuevo al río, seguro de que su anzuelo sería mirado con menos

recelo por las truchas a primera hora y por fin podría llenar su cesto. No obstante advirtió el gesto grave de Arranes y nos hizo pasar a la estancia principal, un humilde habitáculo sin ventanas ni apenas enseres, con bancos corridos de piedra y un hogar al fondo.

Osaba advirtió la sangre que goteaba de la mano de Arranes, y a pesar de las reticencias del tribuno llamó a su hija para que trajera agua y algún vendaje. Belartze, que al parecer dormía con Neko en la habitación de atrás, contestó de malos modos pero en seguida la vimos aparecer con una jarra y unos trapos. Por un instante pareció que Arranes había olvidado la razón de su visita, y observó con los ojos muy abiertos cómo la zagala se le acercaba y dejaba las cosas a su alcance; una ardiente belleza palpitaba bajo su pelo enzarzado y su desarreglada túnica como un ascua que quisiera revertir en hoguera. Nunca una mirada tan fugaz fue tan intensa como la que intercambiaron entonces Arranes y Belartze; unos ojos preñados de deseo y expectación, los otros... demasiado indescifrables. Pero no fue Arranes el único sorprendido cuando la arisca mujer se volvió y desapareció por la puerta como había venido, en silencio; su padre, incapaz de disimular la vergüenza por aquel desprecio, ya estaba abriendo la boca para llamarla de regreso cuando Arranes acometió el asunto que le traía:

—He hablado con Alikxa.

Y no hicieron falta muchas más explicaciones. Osaba convino en que era preciso hablar con los ancianos del pueblo, y sólo esperó a que Arranes se limpiara y vendara la herida para salir con él por la aldea llamando a sus puertas. Yo hice amago de seguirles, como siempre, mas esta vez mi presencia era notoriamente indeseada —jamás aceptarían a un testigo de sangre romana en su consejo— y Arranes no discutió por mí.

—Espera aquí —me dijo, cuando justo cruzaba el umbral de la casa para seguir sus pasos. Miré la expresión recelosa de Belartze a mi espalda, y me volví para sugerirle a Arranes la conveniencia de esperarle en cualquier otro lugar, pero el tribuno ya se había alejado y no tuve otro remedio que quedarme allí, parado como un imbécil en la fría brisa matutina. No me atreví a pedirle refugio a la vascona, ni entendí como un ofrecimiento el que ella dejara la puerta entornada cuando regresó al interior de la cabaña. Me senté en un banco de piedra que había junto a la entrada, en el zaguán, y

abracé mi cuerpo para darme calor mientras observaba a los ancianos del pueblo salir perezosos de sus casas respondiendo a la llamada de Osaba.

Para bien de mi salud, nunca suficientemente robusta en los inviernos crudos, la niebla se levantó pronto y sentí el cálido baño del sol sobre mi piel helada. Pasó alguna hora, no sabría decirlo con precisión; la actividad aldeana había recobrado su flujo habitual ante mis ojos aburridos, y noté que algunos me miraban con curiosidad y cierta mofa. Los soldados no solían adentrarse tanto en el pueblo, pues los comerciantes y las mujerzuelas se apiñaban en las puertas del campamento, así que verme allí sentado debía inquietar a los lugareños. Un panzudo herrero que había sacado el yunque para trabajar frente a su casa me hizo extraños aspavientos y luego compartió risotadas con su rolliza esposa. ¡Si supieran cuánto me mofaba yo en mi interior a costa de su zafiedad!

Al cabo de un rato sucedió algo que me sorprendió gratamente: oí un sordo arrastre desde el interior y apareció Belartze acarreado un telar que debía pesar tanto como ella. Lo dispuso en el mismo zaguán, se sentó frente a él y comenzó a enredar sus cordeles lastrados metódicamente, indiferente a mi presencia. Una vez más no me atreví a lanzar la conversación, y volví a sumirme en el tedio cuando entendí que ella tampoco lo haría.

No sé por qué motivo, aquella mañana había dejado los pergaminos en la habitación y tomado en su lugar mis viejas tablillas de maestro para hacer anotaciones. Por pura ociosidad, las abrí entonces sobre mis rodillas y saqué mi estilete del estuche para matar el tiempo dibujando. Sin pretenderlo logré trazar una figura de verraco bastante aproximada, y la estaba contemplando con cierto orgullo cuando me sobresaltó una voz delgada sobre mi hombro:

—*Basurde.*

Descubrí al pequeño Neko asomado a la puerta, con el cuello estirado para espíarme como una silenciosa comadreja, y mi primer impulso fue de ocultar el dibujo de su vista.

—¿Qué miras? —refunfuñé, pero mi hosquedad no disuadió al niño de acercarse y alargar su mano hacia las tablillas con todo el descaro del mundo. Desconcertado, y sintiéndome vigilado por la mirada oblicua

de Belartze, dejé que las abriera de nuevo para contemplar mi dibujo con absoluta libertad. Neko arrimó su nariz a la cera hasta casi tocarla, como si un minúsculo detalle hubiera llamado su atención, y después me miró para decirme una palabra que tampoco comprendí. Enervado por mi pasividad, el niño me arrebató el estilete de entre los dedos y se inclinó de nuevo sobre el pergamino para horadar unas líneas sobre las mías. Demasiado estupefacto para reaccionar, esperé a que el pequeño terminara su apunte y me devolviera la herramienta para bajar mi vista al dibujo. ¡Había añadido dos colmillos al hocico del animal, convirtiendo mi succulento cerdo en un peligroso jabalí! No pude contener una carcajada al verlo, y Neko se unió a mi risa con entusiasmo. Incluso Belartze soltó por un instante las cuerdas de su telar para volverse hacia nosotros con gesto intrigado.

—¡Muy bien, ahora es un jabalí! —festejé, revolviendo el pelo al niño, y él entre risas me hizo repetir el nombre vascón de dicho animal. Su rostro pecoso mostraba la expresión satisfecha del pupilo que ha sabido corregir a su maestro, y esta orgullosa ingenuidad lo hizo aún más entrañable a mis ojos.

Decidido a seguir el juego, aplané la cera con el estilete, haciendo desaparecer el jabalí ante la mirada excitada del niño. Otra vez comencé a dibujar. En esta ocasión tracé la figura de un pájaro en vuelo, pero deliberadamente dejé la cabeza desprovista de pico para poner a prueba su sagacidad. No me decepcionó. En cuanto levanté mi cabeza y su vista pudo posarse en el dibujo una sonrisa de cómica autosuficiencia centelleó en sus labios. De nuevo hurtó el punzón de mis dedos y se volcó sobre la tablilla para hacer la necesaria corrección con todo su afán. El pico apareció donde debía estar y volvimos a reír felizmente por nuestra complicidad, intercambiando la palabra que nuestras respectivas lenguas asignaban al mismo animal. Esta vez creí advertir una sonrisa en el rostro de Belartze cuando nos miró, desde el otro lado del zaguán, y este tácito consentimiento me animó a continuar. Borré el ave y comencé otro dibujo con mi mejor intención, mas ahora el efecto que causé fue totalmente diferente e inesperado.

Esbocé el perfil ondulado de una larga serpiente, con su boca de grandes colmillos abierta de par en par y una lengua bífida proyectándose

desde su interior; sólo me guardé de dibujar los ojos, para proseguir con nuestro sencillo pero divertido pasatiempo.

Cuando Neko vio el nuevo dibujo, sin embargo, no apareció ninguna sonrisa en sus labios; lejos de eso, su semblante se congeló en una expresión de absoluto terror y retrocedió unos temblorosos pasos hacia su madre, como si temiera que la alimaña pudiera saltar de la cera sobre su cuello. Belartze notó el gesto y rodeó al pequeño con sus brazos, no sé si para confortarle o para impedir una huida despavorida, y yo me quedé anonadado sin entender qué estaba sucediendo. ¿Tanto pavor podía acusar un niño campesino ante la simple representación de una víbora? Supuse que siendo más joven habría padecido el tormento de alguna mordedura, y quizá el trauma lo había convertido en un niño excesivamente temeroso a los reptiles. No tuve tiempo de conjeturar otras explicaciones porque en ese instante escuché la voz de Arranes:

—¡Celio Rufo, ven aquí!

Vi a mi tribuno salir de una casa acompañado por los ancianos del pueblo, y comprendí que la asamblea había terminado. Era hora de volver al fuerte para informar al procónsul.

—He de marchar —me justifiqué torpemente ante Belartze y su hijo asustado, y plegué las tablillas para salir al encuentro de Arranes. Se me pasó por la cabeza regalarle el instrumento de escritura al pequeño, mas después de su inesperada reacción final no lo consideré oportuno. Además Osaba se acercaba con semblante sombrío y cualquier obsequio romano sería sin duda poco agradecido en su presencia.

Así pues abandoné el zaguán con urgencia para reunirme con mi tribuno, pero no contuve una última mirada hacia Neko para comprobar si el color había regresado a su rostro. No era así. Los ojos vidriosos del niño me siguieron mientras me alejaba desde su refugio en los brazos de su madre, aún poseídos de un inexplicable terror.

El procónsul escuchó con atención las noticias que Arranes le relataba sin escatimar detalle: en lo referente a la bruja Aliksa puedo atestiguar que no

exageró ni se guardó ningún matiz, mientras que lo hablado en el consejo de ancianos llegaba de primeras a mis oídos y su exactitud sólo puedo suponerla. Al parecer no había habido unanimidad entre los mayores de Olcairun sobre la medida más adecuada; ni siquiera todos asumían la necesidad de tomar alguna medida. Su inveterada superstición les tenía atenazados, y preferían seguir sometidos al padecimiento del sacrificio anual que rebelarse contra aquellas supuestas fuerzas maléficas que habitaban las montañas. Al final la reunión se había disuelto en completo desacuerdo y lo más parecido a una sentencia había surgido de la boca de Osaba Biurno en forma de advertencia para Arranes: los vascones no pedían nada a Roma y por tanto únicamente él tendría que cargar con las consecuencias de lo que ordenara hacer a sus legionarios.

Después de calibrar en silencio las nuevas informaciones, Pompeyo indicó a Arranes que saliera a comer algo mientras hacía llamar a sus oficiales de mayor confianza. Yo ya me dirigía hacia la puerta cuando noté un murmullo a mis espaldas y miré por encima de mi hombro; ¿qué era lo que el procónsul había susurrado al oído de mi tribuno con tanto celo?

El rumor de que algo iba a suceder se extendió inmediatamente por el campamento a pesar de que Pompeyo se empeñó en mantener el asunto en la máxima confidencialidad, o quizá por culpa de ello. Apenas dos horas después reunió un consejo de emergencia en sus propias dependencias, en lugar de hacerlo en el atrio de la comandancia como era habitual, y no avisó a los legados de las legiones X y XII; también varios de los centuriones más veteranos se extrañaron de no ser convocados como en otras ocasiones.

Cuando regresé con Arranes después del exiguo almuerzo del mediodía, sólo tres personas acompañaban al procónsul en su estancia, y pesaba en el ambiente el sobrecogimiento de una grave decisión. Se trataba del Prefecto del campamento, un tribuno barbilampiño llamado Marco Arrio y el viejo centurión Sexto Asellio. Todos se volvieron hacia Arranes y guardaron un respetuoso silencio, como si intuyeran que sobre sus hombros iba a recaer la responsabilidad principal de aquel dilema.

—No es un secreto para nadie que la situación de nuestras legiones es crítica —inició Pompeyo, el único que se permitía hablar desde su

silla curul, completamente engalanado en su uniforme proconsular—. Los graneros están vacíos y lo único que mantiene firme el espíritu de los soldados es la esperanza en el trigo de Aquitania. El invierno se echa encima con todo su rigor y el sólo pensamiento de afrontarlo sin reservas de alimento resulta insoportable. Pues bien... —aquí puntuó su pausa apartando el rizo de su frente— nuestro valioso tribuno Arranes tiene razones para creer que ese trigo puede demorarse indefinidamente si no hacemos algo para remediarlo. Pero mejor explícalo tú, Arranes.

Mi tribuno se plantó en medio del grupo, que le observaba de pie con toda atención, y desplegó un papiro sobre la mesa rectangular.

—Mis recientes conversaciones con los ancianos del pueblo han venido a confirmar las sospechas que atribulaban a nuestro procónsul durante los últimos días —atrajo la mirada de los demás sobre el mapa para ilustrar su razonamiento—. De acuerdo con las noticias que tenemos, el envío de Metelo partió de su campamento en Aquitania hace doce días. Este itinerario que veis es idéntico al que ellos han utilizado, y demuestra que sólo hay un camino para cruzar las montañas por el Summo Pirineo. Es una pista estrecha que puede haberse deteriorado con la nieve, pero ésto no debería suponer ningún problema para los legionarios que custodian la impedimenta. La longitud total del itinerario, desde su campamento hasta el nuestro, es de unos quinientos estadios, que en las peores condiciones podrían ser recorridos por una cohorte en cuatro días. Como podéis ver, un retraso de ocho días es a todas luces injustificable.

—Aun así —intervino el Prefecto, un hombre de nariz torcida y ojos diminutos que adornaba su uniforme con extrañas sedas de colores. Se llamaba Liborio, pero sus perversiones sexuales con los soldados le habían hecho merecedor de los más denigrantes apodos en el campamento—, me resulta imposible creer que estos adocenados vascones hayan cometido la osadía de atacar a nuestras tropas. Parecen tan sumisos...

Arranes se enmendó apresuradamente:

—No afirmo que así haya sido. Al contrario, estoy convencido de que el pueblo vascón, mi pueblo —estas dos palabras fueron pronunciadas con un énfasis recordatorio—, es demasiado noble para mantener su hospitalidad en Olcairun y al mismo tiempo guerrearlos en las montañas.

—Pero has de admitir, Arranes —terció Pompeyo—, que esta tribu nunca se ha caracterizado por su unidad. Más bien pareciera que cada aldea cuenta con su propio rey...

—No te falta razón —admitió mi tribuno—, pero tengo razones para garantizar que nuestro enemigo es otro en esta ocasión.

Pompeyo asintió sin pedir más explicaciones, y entonces, cuando los ojos negros de Arranes dieron con los míos, comprendí que bajo ninguna circunstancia pensaban citar allí las palabras de la bruja Aliksa: nada de tribus legendarias, nada de sacrificios a dioses primitivos, en definitiva nada que pudiera sumar el terror a la angustia que ya padecían los soldados por el hambre. Sin duda éste era el pacto de silencio que Arranes y Pompeyo habían sellado a mis espaldas poco antes.

—Supongo que no te referirás a... —comenzó Liborio, pero terminó Pompeyo:

—¿Sertorio? No, eso está totalmente descartado —el procónsul dio la palabra al centurión de pelo blanco que escuchaba la conversación en respetuoso silencio—. ¿Me equivoco, Sexto Asellio?

—No estamos seguros de cuál es la situación exacta del general rebelde en estos momentos, pero es imposible que se haya adentrado más al oeste de Osca sin ser avistado.

—¿Ni siquiera con una pequeña expedición? —preguntó el Prefecto.

—No.

—Sertorio sabe que estamos en apuros —insistió Liborio—. Cor-tarnos el suministro de Aquitania sería un buen movimiento estratégico.

—Existen otros potenciales enemigos que también hay que tener en cuenta —advirtió Arranes, señalando en el mapa los territorios del noroeste, junto a la costa—: los várdulos. Ya han tenido enfrentamientos con los vascones y podrían estar expansionándose hacia el Sur, pero es poco probable. Tampoco podemos olvidar a los suessetanos —movió el dedo hacia el Sureste—; quizá aprovechan el amparo de Sertorio para ampliar sus territorios... O tal vez se trate de alguna tribu aquitana que desconocemos.

—Vascones, várdulos, suessetanos... ¿Qué importa cuál sea el nombre de esos bastardos?

El hombre que rompió su silencio con estas insolentes palabras, haciendo girar nuestras cabezas hacia él, merece una presentación aparte. Su nombre era Marco Arrio, y todos en la Legión lo conocían bien a pesar de sus cortos veinte años. Estaba emparentado con una insigne familia de Roma, y por ello se le auguraba un puesto en el consulado en muy pocos años. Ni que decir tiene que Pompeyo, también joven y ambicioso, le consideraba rival y había aceptado su compañía como una imposición del senado; así, le otorgaba la mínima cortesía mientras suspiraba por verlo marchar, y hubiera suspirado por que esa marcha fuera en deshonor de no ser porque su destino en la guerra corría inevitablemente unido.

La antipatía del procónsul hacia Marco Arrio encontraba eco dentro de la tropa, aunque por motivos bien distintos. Tal era el afán del joven noble por hacerse notar que utilizaba su rango —un tribunado que de militar sólo tenía el nombre, pues no era fruto de una brillante carrera como la de Arranes sino de una concesión política— para someter a los legionarios a la disciplina más salvaje, aplicando severísimos castigos por nimiedades como un leve retraso en la formación o un casco mal bruñido. Para ello se servía de un látigo de cuero y empuñadura de marfil que siempre colgaba enrollado en su cintura en lugar de la reglamentaria espada, como un signo más de su egocéntrica personalidad, y que sabía blandir con endiablada destreza.

Por si esto no fuera suficiente para encender los odios de la tropa, aún estaba caliente en el recuerdo de todos la batalla de Mesina, donde Pompeyo había cometido la imprudencia de delegarle el mando de la VII Legión, acatando instrucciones directas del Senado, sólo para constatar en la carne de los legionarios lo que ya sospechaba: los muertos alcanzaron el millar, el aquilifer cayó a la primera embestida y el enclave se perdió miserablemente por culpa de un movimiento inoportuno de Marco Arrio, demasiado visceral e irreflexivo, que revelaba sin matices una absoluta invalidez para el mando militar.

Así era aquel joven de rostro anguloso, siempre bien rasurado, ojos azules y bucles dorados. Un demonio con piel de cordero cuyos silencios meditabundos sólo anticipaban explosiones de furia y necias palabras. Como aquella vez.

—Está claro que alguien ha atacado a nuestras tropas y se ha quedado nuestro trigo —prosiguió, con enérgicos aspavientos—. ¡Es una ofensa a Roma y quien sea el culpable va a pagarlo aunque tengamos que ir a buscarlo hasta el fondo del Averno!

—Creo que en estos momentos, querido Marco Arrio —dijo Pompeyo en tono condescendiente—, no nos preocupa tanto el sagrado nombre de Roma como los estómagos vacíos de la tropa. Pero tienes razón, no perdamos más tiempo con debates estériles y escuchemos lo que Arranes tiene que proponernos.

Desprecio y suspicacia se sumaban en la mirada de Marco Arrio sobre mi tribuno mientras acariciaba con estudiada despreocupación la empuñadura del látigo; debajo del uniforme de Arranes él seguía viendo a un vascón, y por tanto merecedor de todas las cautelas.

—Bien, iré directo al grano —comenzó éste, obviando la hostilidad de su colega tribuno— propongo armar una cohorte expedita y enviarla hacia las montañas en busca de las tropas de Metelo. La partida deberá hacerse con discreción y nocturnidad para no inquietar a los demás legionarios; su paciencia está agotándose y temo que estas noticias puedan ser el detonante de una revuelta. Me gustaría que se tratara de voluntarios, pero carecemos de tiempo para eso; por esta razón he sugerido a nuestro procónsul que sea elegida la Quinta Cohorte de Sexto Asellio, y que salga antes del amanecer.

Sentí un estremecimiento al escuchar estas palabras, pues dicha cohorte albergaba para mí un significado singular que os explicaré más adelante. El centurión aludido, sin embargo, se limitó a informar con su característica parsimonia:

—Habéis de saber que la Quinta Cohorte sólo dispone de cuatro centurias desde la batalla de Mesina.

—Lo sé —replicó Arranes—, y eso es así porque lucharon con mayor bravura que ninguna otra escuadra hasta el último momento. La derrota no fue culpa de ellos, sino a su pesar, como bien sabemos.

No tuvo que subrayar sus palabras con una mirada a Marco Arrio para que todos entendiéramos la velada acusación de Arranes.

—Por supuesto —apuntó Pompeyo, levantándose de su silla—, sería imprescindible un buen número de tropas auxiliares para arroparles.

—Cien infantes y cien jinetes bastarán —la voz de Arranes enflaqueció al añadir—; incluidos los vascones.

—¿Los vascones? —repitió horrorizado Marco Arrio—. ¿Pretendes enviar al enemigo dentro de nuestras propias tropas?

—Los vascones no son el enemigo —repuso Arranes, ahora firme.

—No lo sabemos.

—Y necesitamos soldados que conozcan el terreno.

—Tiene razón —Pompeyo se interpuso entre los dos—. Los auxiliares vascones deben ir, aunque bajo un férreo control.

—¿Y quién se va a encargar de controlarlos —objetó Marco Arrio, incansable—, si ni siquiera entienden nuestras órdenes?

Mi tribuno pronunció entonces tres palabras que hicieron contraerse a mi estómago por segunda vez:

—Yo lo haré.

—¿Tú? —exclamó Pompeyo, tan asombrado como todos los demás.

—Ellos sólo confían en mí; y parece que yo soy el único que confía en ellos.

—Sí, pero... —el semblante del procónsul reflejaba un repentino desasosiego.

—Personalmente estoy deseando quitármelos de encima —comentó el prefecto Liborio, con gesto de repugnancia, para corregir inmediatamente ante la mirada oscura de Arranes—. Quiero decir... no tengo nada en contra de ellos pero... digamos que no se adaptan bien a la disciplina del campamento.

Alguna impertinencia saltó de los labios de Marco Arrio que no llegué a entender, pues en ese instante afiné mis oídos en dirección al procónsul, quien otra vez se había acercado a Arranes para susurrarle sin ser escuchado:

—¿De veras crees necesaria tu presencia en la expedición, fiel Arranes? Sabes que no confío en ningún oficial tanto como en ti, especialmente desde la muerte de Memio.

—Por esa razón debes dejar que vaya —respondió el otro en un idéntico susurro—; si esta misión fracasa y el trigo no llega mi presencia aquí no te servirá para nada. Y como bien dijiste, soy en alguna medida responsable de que estemos en Olcairun...

—Oh, olvida esa estupidez —Pompeyo se frotó la nuca nerviosamente—. Éste era el único sitio donde podíamos acampar, y sólo gracias a tu ascendiente en esta tribu ha sido posible hacerlo de modo tan pacífico. Por eso temo que con tu marcha...

—Si hemos de partir esta noche —interrumpió Sexto Asellio con suma delicadeza—, sería conveniente que fuera a preparar a mis hombres.

El procónsul cerró los ojos para respirar profundamente.

—¡Está bien! —sentenció, abriendo los brazos— Qué así sea, entonces. Arranes partirá antes del amanecer al mando de la Quinta Cohorte de la Séptima Legión, con cien infantes y cien jinetes como tropa auxiliar, vascones incluidos. La misión, tan sencilla como vital para este asentamiento: remontar el itinerario del Summo Pirineo en busca de la impedimenta enviada por Metelo y regresar cuanto antes con ella. No hay tiempo para perderlo en castigos ni saqueos, ¿está claro? El objetivo de la expedición es volver con el trigo. —Señaló al centurión—. Como primera lanza te corresponde formar a tu cohorte con la máxima premura y la mayor discreción. Que los soldados piensen que se trata de una maniobra rutinaria, por el momento.

Sexto Asellio se cuadró ante su superior y salió de la estancia con paso vivo, como si la perspectiva de acción hubiera descongelado las venas de sus adormecidos miembros. Pompeyo se volvió hacia el prefecto, que parecía estar sopesando las repercusiones de aquella decisión en su propia comodidad.

—Liborio, encárgate de que no les falten mantas ni provisiones, y que la cohorte de vigilancia no obstaculice su partida esta noche. Diles que se trata de...

—Maniobras rutinarias, por supuesto —completó el prefecto con una sonrisa, y se encaminó hacia la puerta haciendo ondear los retales de seda de su uniforme. En el umbral se volvió para una última pregunta—. ¿Quieres que prepare un buey y avise a los sacerdotes?

Un suspiro amargo preludeó la respuesta de Pompeyo:

—Por Júpiter, ¿de qué nos servirá conocer los augurios si no podemos compartírselos con la tropa? Y esos sacerdotes no saben mantener la boca cerrada.

Todos nos miramos invadidos por una sutil inquietud; ¿no era temor lo que se ocultaba detrás de aquel extraño razonamiento? ¿Tenía miedo Pompeyo del mensaje que se escondía en las vísceras del buey? En todo caso nadie se atrevió a replicar, y Liborio desapareció por la puerta silbando jovialmente. Al parecer había resuelto que la expedición iba a reportarle mayores beneficios que molestias.

—Yo también debo irme —anunció Arranes mientras recogía el plano de la mesa—. Me será imposible engañar a los soldados vascones sobre la naturaleza de la misión, pero no os preocupéis, jamás hablan con los legionarios.

—Para eso tendrían que conocer nuestro idioma —Marco Arrio se había empeñado en irritar a mi tribuno y estaba cerca de conseguirlo.

—Está bien, Arranes —concluyó el procónsul—. Pero vuelve a medianoche para que pueda desearte suerte.

Arranes asintió y enfiló hacia la puerta seguido por mí. Al cruzar por delante de Marco Arrio sus miradas se acuchillaron mutuamente, mas no hubo otras palabras.

Así pues dejamos al procónsul en la única compañía de Marco Arrio, y a juzgar por los acontecimientos posteriores no me cuesta imaginar los términos en que se desarrolló su privada conversación.

Incluso imagino el gesto lánguido de Pompeyo ante la tozuda presencia del tribuno...

—Quiero ir con ellos —manifestó Marco Arrio cuando sintió nuestros pasos lo suficientemente alejados.

—¿Tú? —el asombro de Pompeyo no podía ser del todo sincero—. ¿Para qué?

—Yo... no sé cómo explicarme sin que lo consideres una ofensa —se justificó el tribuno con pretendida timidez—. Entiendo que tu amistad con el tribuno vascón es intensa, y admito que es un oficial inteligente y valeroso, pero yo...

—No, no creo que puedas entenderlo —interrumpió Pompeyo, mientras se volvía a sentar con un suspiro cansado—. Arranes fue reclutado por mi padre para luchar contra los itálicos y le sirvió heroicamente durante muchos años hasta que la peste convirtió en un infierno el sitio

de Roma. Aquel día había sólo dos personas junto al lecho de muerte de Pompeyo Estrabón, y una de ellas era Arranes. Arranes le juró que si sobrevivía marcharía al Piceno para cuidar y servir a su hijo por el resto de sus días. —La voz de Pompeyo no tembló aunque estaba preñada de melancolía—. Yo entonces tenía diecinueve años.

Los dedos de Marco Arrio se crisparon sobre la empuñadura de su látigo; iqué repulsión le causaban tales muestras de morbidez en un hombre, y más en un gran guerrero!

—¿Por qué me has hecho llamar, entonces? —preguntó al fin.

Pompeyo sonrió cínicamente.

—Tarde o temprano te ibas a enterar. Todos dicen que tienes el campamento lleno de confidentes.

—No es para tanto —rechazó el tribuno con indisimulado orgullo—. Sólo soy un hombre perspicaz.

—Por otro lado... —vaciló Pompeyo, dejándose llevar por oscuras cavilaciones— comprendo que tu labor aquí resulta algo monótona.

—No quiero parecer caprichoso, señor. Si requiero esta misión es porque sinceramente...

—Está bien, no hace falta que te excuses; yo también soy joven, y los días en el campamento se me hacen larguísimos —Pompeyo se incorporó para coger los hombros del tribuno con gesto paternal—. Sólo quiero hacerte ver el peligro que entraña la expedición. Sabes cuánto aprecio a tu venerable padre en Roma y no me gustaría tener que darle malas noticias.

—No te preocupes por mí —replicó Marco Arrio, sensible al sarcasmo que albergaban aquellas palabras—. Los holgazanes del campamento no tendrán la suerte de perderme por mucho tiempo.

La risotada que soltó entonces el procónsul no fue sin embargo bien interpretada por el rubio, quien sonrió complacido por su propia ocurrencia; en realidad Pompeyo reía de lo fácil que le estaba resultando desembarazarse de aquel infeliz. Por pura crueldad, decidió prolongar su incertidumbre:

—Deja que me lo piense, ¿de acuerdo?

El procónsul se dirigió a una consola donde descansaba un aguamanil y comenzó a lavarse, dando por concluida la reunión.

—Iré preparando mi equipo —señaló Marco Arrio antes de abandonar la estancia, sintiéndose vencedor.

Los días se habían hecho cortos y cada anochecer sentíamos más fría la brisa que bajaba de las montañas. Como Pompeyo había hecho detener las edificaciones hasta la llegada de alimentos, después de la instrucción matutina en la explanada frente al fuerte los soldados tenían permiso para emplear el resto del día como considerasen oportuno. La mayoría dejaba su equipo en los barracones y salía en cuadrillas para regresar a última hora al campamento, después de una tarde dedicada a la cacería en los bosques o a la fornicación en los arrabales de la aldea, según estuviera más cerca del vientre o de la entrepierna su urgencia mayor. Algunos preferían quedarse ejercitándose en el patio de armas, paseaban por el inmenso complejo en busca de conocidos o simplemente permanecían charlando en sus literas, pero el hastío se terminaba haciendo insoportable para todos dentro de la muralla.

Los treinta jinetes vascones tenían su propia rutina. Tres veces marginada por la tropa regular romana, por los auxiliares y por los propios habitantes de la aldea, la turma vascona había convertido el ángulo sureste del fuerte en su feudo privado; allí pasaban las horas al calor de una hoguera, bebiendo sus caldos infectos de manzana y comiendo la carne que otros habían rechazado por pútrida. En efecto, el remilgado Liborio no carecía de motivos para reprobar la conducta de estos indígenas en su campamento: la jornada no amanecía para ellos hasta bien entrada la mañana, ya que consideraban una ofensa la sola idea de hacer ningún ejercicio físico con el estómago vacío. ¡Imaginaos el suplicio del decurión que los tenía a su cargo! Los vascones, en todo caso, disponían de su propio jefe, un titán de melena negra llamado Gogor, y cualquier orden que no viniera de sus labios era invariablemente ignorada. El arrojo y la fortaleza casi animal de éstos jinetes los hacían sin embargo muy útiles en la batalla; de ahí que Pompeyo consintiera un mayor relajamiento en su disciplina durante las acampadas, para tormento de sus oficiales, el

prefecto Liborio y muy especialmente el tribuno Marco Arrio, quien no podía aplicar sus sádicos correctivos a la turma vascona.

Tampoco cuesta imaginar la razón del odio que profesaban los olcairuneses a estos jinetes de su misma sangre. A pesar de que los estandartes romanos no eran considerados enemigos, los que se vendían como mercenarios para luchar a su lado eran tenidos por poco menos que traidores. Y no les exoneraba el que sus brazos se hubieran unido a los de Roma para doblegar a un enemigo —éste sí— común, los celtíberos; el orgullo o el recelo hacían del vascón un pueblo escéptico a cualquier tipo de alianza, por muchos beneficios inmediatos que pudiera reportarle.

Que eran unos desarraigados se evidenciaba sólo con verles, aunque yo los conocía mejor por mediación de Arranes, que acostumbraba visitarlos más a menudo de lo que mi sensible olfato hubiera deseado. Quizá por sus largas campañas disputando fronteras con sus vecinos del sur, sus ropajes no se distinguían realmente de los celtíberos salvo en la falta de ornamentos y los colores más apagados, que yo atribuía más a la suciedad que al tono del tejido: una túnica corta, ceñida con unas bandas de cuero cruzadas sobre el pecho, unos pantalones largos de lana, y el característico *sagum*, un capote abrochado sobre su hombro derecho que colgaba por la espalda hasta la corva, dejando los dos brazos desnudos.

El despejado horizonte nos obsequiaba aquel día con una hermosa puesta de sol, aunque la cordillera se lo comía a dentelladas antes de que pudiera adquirir su rojo esplendoroso, como lo habíamos visto en las llanuras del sur. Será por mi alma sensible que siempre me ha conmovido la hora del crepúsculo: ese candente fulgor que agoniza en el cielo como los rescoldos de una hoguera olímpica, preludiando la absoluta y temible oscuridad de la noche... ¡Y qué noche! No bastaba mi sólida fe en la Legión para apartar de mi mente las palabras de la vieja arpía Aliksa, las terribles insinuaciones proferidas por su boca ennegrecida acerca de tribus salvajes y sacrificios humanos en los recónditos bosques de las montañas... ¿Y qué me ocultaba Arranes? Sin duda alguna evocación había saltado a su mente desde los rincones más antiguos de su memoria, como una atávica profecía cuyo sólo pensamiento consciente pudiera impeler a la locura; no era extraño que el vascón, apercebido del horror que tal

conocimiento causaría en mi débil espíritu, hubiera preferido guardarlo para sí por el momento.

Pero aquella tarde, decía, la simple ausencia de nubes sobre el fuerte bastaba para ensanchar mi acongojado ánimo. Incluso vi un cernícalo surcar el aire por encima de nuestras cabezas y quise descifrar en su vuelo circular algún buen augurio, a pesar de que siempre he sido un extraño en el nebuloso país de las adivinaciones.

Un fuerte hedor a queso de oveja rancio y a establo mal cuidado fue la primera barrera que hube de superar para adentrarme en el sector de los vascones siguiendo los pasos de Arranes. Los muy canallas estaban comiendo, ¡a todas horas comían! Mientras el resto de la tropa racionaba sus mendrugos a la espera del trigo aquitano, aquellos salvajes se llenaban el garganchón con todo tipo de desperdicios y alimañas del bosque, desde jabalíes hasta gorriones, pasando por liebres y viles ratas. Y todo acompañado de aquel queso fortísimo y jugo de manzana fermentado.

—¡Arranes! —saludó el primero en vernos llegar, desatando un fragoroso recibimiento de risas y gritos. Adoraban a mi tribuno desde su embrutecida ignorancia, simplemente porque era el único en la Legión que se preocupaba por ellos y les hablaba en su lengua. Nada sabían de sus orígenes, su historial militar y menos de sus ambiciones para el futuro. Pero todos le querían ciegamente, salvo uno.

—¡Ten cuidado, no vayamos a manchar tu reluciente coraza! —fueron las pocas palabras que pude entender de tanta algarabía, puesto que no había otro jinete vascón que utilizara el latín más que aquel llamado Unai, un joven larguirucho, cejijunto y cegato, pero sin duda el más *civilizado* de toda la turma. No en vano el jefe Gogor se aseguraba siempre de tenerlo a su lado, pues además le necesitaba como intérprete con el sufrido decurión romano.

Arranes aceptó el abrazo viril de Unai pero mantuvo su boca bien apartada de los trozos de carne y las jarras desbordantes que numerosos brazos le tendieron. Cuando se volvió hacia Gogor, que ni siquiera se había levantado de su lugar frente al fuego para recibirle, bastó una mirada silenciosa para hacerle comprender la gravedad de su visita. El jefe vascón —sí, a él me refería al hacer la excepción— le invitó a sentarse a su lado,

echó a la hoguera el hueso que acababa de roer y eructó sonoramente como un león reafirmando sus dominios. El gigante de melena negra no sentía tanta desconfianza como temor de Arranes, pero su condición de líder le obligaba a adoptar un ademán de superioridad y desdén hacia todo lo romano; como si ellos pertenecieran a una ralea más digna que la de simples mercenarios al servicio de la Legión.

—Traigo noticias importantes —anunció Arranes tras sentarse junto a él, y a partir de entonces su charla se desarrolló en lengua vasca. Gogor le hizo repetir varias frases, por su dureza de oído o quizá sólo por humillar a mi tribuno, que padecía al buscar unas palabras demasiado tiempo olvidadas. Casi sonrió al imaginarles: peores conversadores que aquellos dos no verá jamás la historia de la humanidad. Más de una vez tuvo que intervenir el atento Unai para enmendar un equívoco, precisar un matiz o sólo rescatar el diálogo del total estancamiento.

Y a cada frase concluida el rostro pétreo de Gogor parecía adquirir una expresión más sombría, acentuada por el baile de llamas de la hoguera. Era evidente que la idea de adentrarse en las montañas nevadas en busca de soldados extraviados no le resultaba nada halagüeña, y en cuanto Arranes terminó de hablar el jefe mostró su negativa sacudiendo la cabeza y farfullando con obstinación.

Arranes trató de apaciguarle en vano, luego perdió los estribos y bramó su nombre para hacerle callar. Con la atención recuperada, el tribuno siguió hablando despacio pero firme. Y es fácil adivinar el argumento que debió emplear para aplacar sus reticencias: la presencia de la turma vasca era imprescindible para ascender a las montañas y el procónsul lo sabía; si con su ayuda lograban recuperar las provisiones perdidas y así salvar el fuerte, Roma les estaría eternamente agradecida. Si por el contrario le negaban esa ayuda...

Sin duda pesaba más en el ánimo de Gogor la promesa de una succulenta recompensa que la amenaza de cualquier castigo castrense por su insumisión, pero otro oscuro pensamiento le retuvo de tomar la decisión inmediatamente. Sin apartar los ojos del fuego, en un murmullo casi avergonzado, Gogor pronunció:

—*Sarrak*.

¡De nuevo aquella palabra! Así que Gogor, como a buen seguro todos sus correligionarios de la turma, conocía la leyenda que la vieja nos había susurrado en su hedionda guarida, y aunque su vil calaña le impidiera dar culto a otros ídolos que el oro y la plata un temor ancestral todavía encogía su corazón al recordar el nombre de aquel mítico pueblo de las montañas.

La mentira no tiene lengua, habita en la malicia del hombre y para el buen observador es más fácil reconocerla en los ojos que en las palabras del mentiroso. Así supe al mirar a Arranes que estaba mintiendo para sosegar al jefe vascón, quizá jurando que el extravío del trigo no estaba relacionado con ninguna tribu legendaria, sino acaso con vulgares asaltadores, o más posiblemente con un lamentable accidente en los riscos nevados, tan inexplorados y peligrosos...

En todo caso la argucia surtió el efecto deseado, y después de vaciarse en la garganta una jarra rebosante Gogor se puso en pie para hablar a sus hombres con voz atronadora. La respuesta fue inmediata, casi sin esperar al final de su arenga, y tal como preveía fue eufórica, brutal, descerebrada. Todos en pie alrededor del fuego, unidos en un clamor ininteligible, con sus brazos alzados al cielo como un ejército envalentonado ante la batalla; solo que en las manos de estos soldados no había espadas o lanzas, sino patas asadas y jarras de licor.

La Quinta Cohorte de la Séptima Legión, cuyo nombre ya siempre correrá unido a la leyenda y el misterio, guardaba para mí un significado especial antes de ser elegida —por Arranes, por el destino— para enfilarse hacia las montañas del Pirineo. Era la unidad de Filipo.

He tenido muchos amantes, algunos tan jóvenes que sus padres me los entregaban confiadamente como alumnos, pero nunca conocí muchacho más brioso y risueño que aquel legionario criado en las faldas del Palatino. Imposible olvidar el día en que mi mirada le descubrió entre los demás soldados como una pepita de oro entre guijarros, ejercitándose en el patio de armas del fuerte de Cremona. La sola admiración de su

cuerpo ya hubiera bastado para estremecerme, pues ni en las estatuas de Apolo se daban cita mayor belleza y proporción, pero fue su manera de desenvolverse con los otros la que me embriagó por fuera y por dentro de la piel. Filipo era sin duda el mejor, el más ágil y rápido de sus contrincantes en las luchas improvisadas sobre la arena; con la espada de madera o los brazos desnudos era siempre quien terminaba encima, doblegando a uno tras otro hasta que nadie más se atrevía a retarle. ¿Pensáis que esto le hacía envanecerse? ¡Al contrario! Su risa incesante demostraba demasiada candidez para herir ningún orgullo, y los vencidos aceptaban su mano para levantarse con gran regocijo. ¿Y cómo no sentirse hechizado por aquellos ojos claros y vírgenes como el alba?

No recuerdo, sin embargo, haber llegado a enamorarme de Filipo. Demasiado veleidoso, me decía yo, sólo va a traerme decepciones; y en todo caso, debo admitir, mi corazón era inexpugnable a sus llamados porque ya se había juramentado por otro hombre. ¡Ah, qué injusta y lacerante fidelidad exigen las pasiones no correspondidas!

En aquellos días los suspiros de Arranes eran para la hija de Osaba, Belartze, y no sabría decir si en este caso los sentimientos eran correspondidos o no; imisterio mayor que una mujer...! Me inclino a pensar que ella lo veía en sus sueños más placenteros, y era tan sólo el uniforme romano lo que despertaba su recelo y la impelía a actuar con tanta hostilidad.

Sé que Arranes fue a verla después de dejar a los jinetes vascones con su báquica celebración, aunque entonces no quiso reconocerlo.

—Voy al poblado —me dijo escuetamente—. Quédate y ve perrechándote para la expedición.

¿Qué palabras tendría guardadas para la agreste dama? ¿Una sentida despedida? ¿La solemne promesa de regresar con el trigo? ¿O habría llegado más lejos pidiendo su mano? Sea cual fuere su intención no pudo hablar con ella. Una puerta cerrada y un silencio acusador fueron toda la respuesta a sus voces desde el zaguán; ni Belartze ni Osaba querían escucharle. La determinación de Arranes de marchar hacia las montañas había sido demasiado transparente durante el consejo de ancianos y ningún lugareño estaba dispuesto a bendecir tal empresa, menos si cabe Osaba, de quien todos conocían su preocupante amistad con el tribuno.

Cuando Arranes partió yo tomé la dirección contraria a nuestros aposentos y me apresuré hacia los barracones de la Quinta Cohorte. El campamento tenía dimensiones de ciudad y a aquellas horas de la tarde las dos vías principales bullían de soldados que regresaban del exterior, por lo que me costó abrirme paso y orientarme entre la multitud. Decenas de pequeños fuegos ya crepitaban frente a los barracones y los legionarios acercaban sus potes para llenarse la tripa siquiera de agua caliente antes de dormir. He de admitir que la paradigmática austeridad del ejército romano, cuyos estómagos nunca han necesitado más que pan e higos para marchar victorioso en todos los rincones del mundo, comenzaba a mostrar fisuras y no era extraño ver a dos soldados discutir por un pedazo de mala carne. Yo mismo, que gozaba de una manutención privilegiada gracias a Arranes, sentía mi lengua empaparse cuando me asaltaba el aroma de aquellos paupérrimos asados.

Supe que había llegado hasta el sector de la Quinta Cohorte por la especial agitación que allí se percibía. No distinguí al centurión Sexto Asellio, pero sin duda rondaba cerca y ya había hecho correr discretamente las instrucciones para emprender la expedición. El vientre de los infantes debía de haberse encogido por la emoción, ya que apenas ardían fogatas frente a sus barracones y en lugar de eso se oía la frenética preparación de unos equipos algo descuidados: un casco abollado, unas sandalias que necesitan remiendo, una espada por afilar... Incluso escuché los lamentos de un infeliz que había cambiado su lanza por un pedazo de queso y ahora se desvivía por conseguir otra de sus compañeros, recibiendo sólo burlas y reproches.

Nadie reparó en mí hasta que asomé la cabeza en el dormitorio de Filippo. En el cubículo de entrada dos legionaros pertrechaban sus equipos entre maldiciones y risas; me miraron con expectación, pensando que portaría algún tipo de mensaje de mis superiores, pero comprendieron mis intenciones demasiado bien en cuanto pronuncié el nombre de mi amante. Con un guiño que hubiera preferido no ver me indicaron que Filippo se encontraba en el interior y pasé entre ellos sintiendo sus sonrisas imbéciles a mi espalda.

—¡Celio Rufo, salimos de maniobras!

Igual que un niño excitado antes de su juego favorito, Filipo saltó de su litera al verme entrar y me sujetó de los hombros sin parar de reír. Noté mis mejillas enrojarse y di un paso hacia atrás casi por acto reflejo, pues otros tres legionarios deambulaban por dormitorio y sus miradas me incomodaban. Todos semidesnudos, ordenaban o cosían las rasgaduras de su ropa en previsión de una caminata por las cumbres nevadas. Al parecer esa había sido la única consigna honesta transmitida por el centurión: debían aligerar su equipo de trastos prescindibles y engordar su abrigo para una accidentada marcha hacia el Norte.

—Lo sé, lo sé —tranquilité a Filipo—. Yo también iré.

—¿Es cierto eso? —soltó otro aullido eufórico— ¡Maravilloso!

—Ya veremos si te parece tan maravilloso cuando tengas los pies hundidos en la nieve, idiota —protestó un barrigudo llamado Casio, mientras se enfundaba en unos pantalones demasiado estrechos para sus piernas de roble. Otro compañero de contubernio rió en su litera.

—¿Es que no tenéis ganas de salir de aquí? —replicó Filipo, que no era idiota ni fácil de amilanar— ¡Pues yo sí!

—¿Cómo está tu equipo? —me interesé, intentando mantener mi voz fuera del alcance de los demás— ¿Necesitas algo?

—No, estoy listo.

—¿Y comida?

—¡Comida! —ladró Casio a mi espalda— ¡Este escribano debe estar de guasa!

—La suficiente —aseveró Filipo, haciéndole caso omiso.

—Entonces podrías... —las palabras se balancearon indecisas en mi lengua; demasiados oídos a mi alrededor— podrías acompañarme... y ayudarme a preparar mi equipo...

—Claro, Celio Rufo, te ayudaré.

Lo cierto es que Filipo y yo no teníamos nada que ocultar; contados eran los soldados de la Legión que no habían sofocado en alguna ocasión sus apetitos sexuales con sus propios compañeros. Para un romano cultivado nada de escandaloso tienen dichos desfogamientos, tanto más comprensibles entre los sufridos legionarios, pero esta tolerancia parece disiparse en cuanto los amantes demuestran un embelesamiento más duradero que el

mero clímax físico. Esta es la paradoja de los supuestos defensores de la moralidad: desprecian las relaciones prolongadas entre hombres pero no sus contactos sexuales esporádicos, como si el amor hacia un hombre fuera patrimonio de las mujeres y de los afeminados o débiles mentales.

Por eso, y aunque yo no profesaba profundísimos sentimientos hacia Filipo como ya he dicho, no me sorprendía el intercambio de ademanes socarrones entre los legionarios cada vez que me acercaba a hablar con él. Era una murga que levantaba cierto color en mis mejillas pero no me preocupaba realmente.

Y no penséis que escondía mi afición por los jóvenes a mi tribuno Arranes, a pesar de que él nunca llegase a comprenderla. Tan solo procuraba mantener mis hábitos en la mayor discreción y él nunca me hizo preguntas. Pero por alguna razón —tan absurda como fácil de deducir— yo no quería que Arranes supiera de mi asentada relación con Filipo, así que nuestros encuentros debían ser breves y furtivos, aprovechando los pocos ratos que yo me separaba del tribuno o por la noche mientras dormía.

El joven legionario me siguió con paso ligero hasta los aposentos de los tribunos, que estaban ubicados frente a la comandancia, sin dejar de parlotear animadamente. ¡Cuánto le entusiasmaba la expedición, al pobre infeliz! Ya me empezaba a cuestionar su inteligencia cuando de pronto dijo, con la obvia intención de sonsacarme:

—Apuesto a que no son sólo maniobras rutinarias. Debe tratarse de algo más serio para que el tribuno Arranes encabece la marcha, probablemente una misión peligrosa. ¿Por qué, si no, iba a ordenar una cohorte expedita, en lugar de cargar con todo el equipo como en las maniobras ordinarias?

El tono de voz de Filipo no reflejaba temor; al contrario, parecía desear con todas sus fuerzas que tal sospecha fuera fundada y la misión tuviera unos objetivos secretos más altos y comprometidos. El ingenuo siempre piensa que detrás de la próxima esquina le espera la Fortuna, aunque camine por un callejón oscuro y plagado de asesinos.

—No sabría qué decirte —fue mi parca respuesta. No era momento de abrumarle con ominosas leyendas y supersticiones atávicas, cuando nos dirigíamos hacia mi lecho.

¿Me sentía excitado? Tanto como se puede estar; pero el origen de mi calentura no era aquella noche Filippo, en realidad; era la emoción del viaje lo que espoleaba mis miembros y hacía latir deprisa mi corazón, igual que le sucedía a él. Sólo que en mi caso la euforia aventurera dejaba paso a un profundo miedo a lo desconocido, tal vez igual de injustificado, pero cuánto más turbador.

Había anochecido cuando entramos en las habitaciones de Arranes, en el ala izquierda del mismo edificio compartido por el tribuno Marco Arrio. Con muros de mampostería y tejado de madera, éstas viviendas eran —aunque muy por debajo de la comandancia de Pompeyo— bastante más cálidas y confortables que el resto de los barracones, si bien el escaso mobiliario ofrecía sólo el alivio indispensable. Una gruesa cortina colgaba del dintel que separaba el vestíbulo de mi dormitorio, justo frente al de los sirvientes de Marco Arrio. Las habitaciones de los tribunos rodeaban el pequeño atrio interior, ya iluminado por media docena de antorchas.

Reinaba un silencio total cuando hice pasar a Filippo a mi dormitorio; estábamos solos. Con Arranes en la aldea y Marco Arrio desaparecido en las entrañas del campamento, el bullicio de los legionarios pasando por la calle parecía muy lejano, amortiguado por los postigos cerrados de la ventana. Prendí una lámpara de aceite y las sombras de la estancia tomaron forma: a un lado mi equipo ligero, ya dispuesto para la marcha; a otro lado mi lecho, con su colchón de plumas de oca: un capricho carísimo que siempre debía trasportar en secreto y que en esta ocasión debería olvidar.

—Parece que lo tienes todo preparado —apreció Filippo con malicia, mas no le dejé pronunciar otra palabra. Comencé a besarle el cuello y deslicé mis manos bajo su capa para quitársela con atropellada excitación.

Fue un encuentro crispado, de manos fuertes y abrazos atenazados. Los dos desnudos sobre mi catre, en la penumbra, no advertimos las horas consumirse, ni el aire hacerse frío, ni las voces extinguirse en la calle al cerrarse la noche sobre el campamento. Por un mágico lapso creo que hasta nos olvidamos de la expedición, con sus miedos y sus desafíos.

Pero de pronto sucedió algo. Filippo estaba encima de mí, exhalando su aliento en mi rostro, cuando abrí los ojos y vi una silueta en el umbral de la puerta, tras la cortina semi abierta.

Inmóvil y callada como una estatua, la sombra de un hombre nos contemplaba.

—Filipo... —susurré apenas al oído de mi amante, mientras cerraba los ojos en un absurdo impulso de cobardía, como si negando mi visión pudiera cegar también al insolente observador que acechaba detrás de la cortina.

¿Y quién podría ser aquel, sino mi tribuno Arranes, cuyo regreso no habíamos oído en el fragor de nuestra pasión? ¡Oh, cómo maldije mi suerte y mi vicio!

Filipo no me oyó y poco a poco noté sus músculos relajarse sobre mí, ya cercanos al amodorramiento. Al cabo me atreví a abrir de nuevo mis ojos, confiando en que el buen Arranes, que sin duda nos había descubierto por casualidad, no habría permanecido en aquel umbral por más que un fugaz instante de confusión.

Pero la sombra seguía allí de pie, mirándonos.

—¡Ah! —grité débilmente, y me revolví del abrazo de Filipo, quedando sentado de espaldas a la puerta. Me faltaba el aire.

—¿Qué te pasa? —Filipo vacilaba entre alarmarse o reírse— ¿Te he aplastado?

El corazón me golpeaba por dentro como un mazo, y al apretar de nuevo mis párpados vi volar mil luciérnagas.

—Vete —mascullé con un hilo de voz.

—¿Qué? —el pobre pensó que le hablaba a él— ¿Quieres que me vaya?

¿Es que aquel botarate no tenía ojos en la cara? ¿Por qué entonces no veía al hombre que nos vigilaba desde el umbral con la misma nitidez que lo había visto yo? ¿Acaso ya se había marchado?

Lentamente, contenida la respiración y apenas entornados los ojos, giré la cabeza hacia la puerta del dormitorio. Por favor, por favor, por favor...

Se había ido.

—Oh, Júpiter —suspíré, todavía estremecido.

Súbitamente Filipo saltó del lecho y comenzó a vestirse a toda prisa, sin mirarme.

—Filipo, espera...

—¿Ahora dices que espere? —Mi desairado amante levantó un incómodo alboroto— ¡Aclárate!

—Shhh —le conminé a bajar la voz—. Había alguien tras la cortina, espiándonos.

Tal vez mi susurro fue tan liviano que ni siquiera llegó a sus oídos, o tal vez lo escuchó pero prefirió ignorarlo; lo cierto es que Filipo terminó de vestirse y salió apartando la cortina de un manotazo, sin despedirse.

Escuché sus pasos alejarse y fundirse en el murmullo de la calle; luego permanecí durante un rato abrazado a mi cuerpo tiritante, boqueando maldiciones. Pero el silencio mortuorio que llegaba desde el vestíbulo me seguía inquietando. ¿Se habría marchado el merodeador, o todavía estaba agazapado entre las sombras? Porque bien pensado podría tratarse de cualquiera, desde un soldado curioso hasta un esclavo manilargo, aunque hace falta ser muy osado o muy estúpido para atreverse a allanar la morada de los tribunos Arranes y Marco Arrio. ¿Tal vez se trataba de algún mensajero enviado en su busca? Ah, nunca me sentí más humillado que en aquella desnuda ignorancia.

Quienquiera que fuese había demostrado una perversa crueldad quedándose allí de pie, sosteniendo mi mirada horrorizada desde su escondite cobarde en las sombras; era impensable, por tanto, que se tratara de Arranes. ¿O acaso no conocía a mi tribuno también como pensaba?

Muy despacio me enfundé en la túnica y me asomé sigilosamente al vestíbulo, descalzo y sin lámpara. Las antorchas del atrio y de los que paseaban frente a la puerta bastaban para perfilar los contornos en la estancia, aunque tardé unos instantes en poder cerciorarme de que estaba vacía.

Oí un ruido: unos pasos furtivos en el atrio.

—¿Tribuno Arranes? —llamé tímidamente.

Silencio.

Decidiendo contra mi apocada voluntad, mis pies echaron a andar hacia el patio. ¿Qué tenía que temer, después de todo? ¿A quién había de dar cuentas por mis placeres privados? ¡En todo caso él debía avergonzarse por su indiscreción y pedirme disculpas!

Y sin embargo el corazón seguía martilleándome los oídos como a un reo que se adentra en la arena del circo.

—¿Tribuno Arranes? —repetí, escudriñando las ventanas de sus aposentos en busca de alguna luz, mas la oscuridad siguió sin responderme.

Entonces me volví hacia los aposentos de Marco Arrio, al otro lado del atrio, y bajo el parpadeo de las antorchas creí percibir una leve oscilación en la cortina de una puerta. ¡El intruso se había refugiado allí, sin duda!

El terror se enseñoreó de todos mis músculos, pero en vez de atezarlos como esperaba les empujó a moverse otra vez hacia el mismo origen de mi turbación. ¡Imprudente de mí! ¿Qué iba a hacer, semidesnudo y desarmado, si el desconocido resultaba ser un asesino o un ladrón sin escrúpulos? Nada bueno podía salir de tan absurda temeridad, y aún mis pies continuaron su camino sobre la helada tierra hacia la puerta de aquella habitación. Apenas a unos pasos del umbral, sin oír ni sentir nada más que mis latidos en las sienes, vi mis manos alargarse lentamente hacia la cortina como las de un fantasma, ansiosas por desvelar el misterio...

... cuando la voz profunda de Arranes me hizo dar un respingo.

—¡Celio Rufo!

Entraba por el vestíbulo a grandes zancadas, con el ánimo más ofuscado que nunca por su frustrada visita en el pueblo, y ni siquiera advirtió mi susto al volverme de un salto.

—¿Estás preparado? —preguntó sin detener su marcha hacia las habitaciones—. Es muy tarde ya.

—Estoy... estoy listo —tartamudeé, retrocediendo sobre mis pasos. Intuí que no era buena idea delatar la presencia del intruso; ¡a saber lo que el desgraciado inventaría para salvarse de la espada de Arranes! Ladrón o soldado, prefería que se largase de la casa con mi secreto como parte del botín.

Regresé ligero a mi dormitorio, todavía estremecido por el susto, y me aseguré de correr la cortina por completo antes de comenzar a vestirme. Creo que lo hice canturreando por lo bajo, seguramente para no escuchar los pasos huidizos del intruso cruzando el vestíbulo.

La inusitada calma de la noche tenía aire de presagio. No soplaban ni una brizna de viento, el cielo ofrecía una luna resplandeciente y los únicos

sonidos que planeaban sobre el campamento eran el aullido de los perros y el canto de las lechuzas.

¡Nadie en un extremo del campamento podría imaginar lo que se fraguaba en el otro! El sueño era profundo y recogido bajo las mantas de los legionarios, y tan sólo algún relincho hizo levantar un par de cabezas del lecho en los barracones de la Séptima Legión. Un murmullo profundo, como un amortiguado retumbo en la tierra, se extendió lentamente desde el sector suroeste hasta el foro frente a la comandancia: quinientos soldados bien pertrechados caminaban en disciplinado silencio como una cohorte de espectros, apenas alumbrando sus pasos con un puñado de teas. El casco colgado sobre el pecho, el escudo amarrado a la espalda y en la mano derecha el *pilum*, los legionarios habían cargado sus escasos víveres y las herramientas imprescindibles en las mulas de la retaguardia, una por cada diez hombres; la marcha se preveía corta y se les había exigido la máxima ligereza en su equipo individual.

Al grueso de la tropa fue confluyendo el contingente de auxiliares, doscientos entre jinetes e infantes, formando toda una mezcla de razas y atuendos de las más dispares procedencias: estaban los sirios, de piel parda y orgullosa hurañía, tan elegantes jinetes como letales arqueros; los númidas, de una tez tan negra que sus túnicas parecían cabalgar solas en la noche, pero bajo la cual se ocultaba un espíritu cantarín y festivo; también los había de las orillas del Adriático, dálmatas y macedonios más hechos a los rigores de la infantería que al dominio de los équidos. Y por último la alborotadora turma de jinetes vascones, que insólitamente parecía haberse contagiado de la siniestra quietud del desfile.

En el patio del Foro se ordenó la tropa según las indicaciones del primer centurión Sexto Asellio, en formación de columna, sin que ningún oficial levantara la voz más de lo imprescindible. El roce de lanzas y el pateo de los caballos devino en poco más que un suave rumor sobre la tierra escarchada, pronto extinguido de nuevo en el silencio de la noche. La cohorte se me figuró como un inmenso animal agazapado en su guarida: mil alientos de hombres y bestias fundidos en una sola respiración, profunda, oscura, ancestral, esperando el primer albor para salir de cacería...

Arranes me quería cerca de su caballo —blanco, noble, nombrado Argo en honor a la nave de Jasón— al frente de la primera centuria, justo bajo el estandarte del toro que distinguía a la Quinta Cohorte, y ocupé el lugar en cuanto hube cargado mis bultos en una de las mulas que venían detrás. Arranes, sin embargo, se demoró un tiempo en aparecer sobre su engalanada montura; tenía algo de mítica la visión de aquel hombre de rasgos tan marcadamente vascones uniformado con coraza, capa y destelleante casco romanos.

Durante el rato que permanecemos allí giré la cabeza varias veces para buscar a mi soliviantado amigo, Filipo, pero su puesto quedaba muy rezagado en la columna y no lo distinguí.

Dispuestos para emprender la marcha, todos aguardábamos la aparición de nuestro comandante Pompeyo en el Foro para dirigirnos sus palabras de despedida. Pero no sucedió. Marco Arrio llegó trotando en su corcel azabacheado y se inclinó para susurrar algo al oído de Sexto Asellio. Después de asentir sumisamente, el centurión levantó su brazo y la Quinta Cohorte se puso en movimiento como una perezosa y gigantesca serpiente.

Miré el rostro de los primeros legionarios y no advertí ninguna señal de preocupación; ¿por qué habían de mostrarla, si aquello no era más que una maniobra de entrenamiento? Antes al contrario, parecía reflejarse en sus ojos un destello de vanidad por haber sido elegidos entre todas las cohortes, y en el ardor de sus mejillas el anhelo de cumplir con sus órdenes ejemplarmente para —quizá— merecer después la recompensa de sus superiores en forma de pan o vino.

Setecientos hombres éramos en aquella marcha, de los que sólo cuatro —no cuento a los jinetes vascones, que ya habrían anegado sus escasas entendederas en el olvido del alcohol— conocíamos su verdadero destino: Arranes, Marco Arrio, Sexto Asellio y yo mismo. El secreto me pesaba, pero a cada metro recorrido se me antojaba más liviano, de poca importancia, casi ridículo; ¡cómo no iba a ser así! Sentir a mi espalda las pisadas firmes de toda una cohorte romana, el hálito helado de aquellos legionarios que habían campeado victoriosos al norte y al sur de nuestro mar, envolviéndome, arrullándome, casi llevándome en volandas... ¡Qué

estremecimiento tan sublime me poseyó, al fundirme con aquel cuerpo fabuloso que avanzaba ciegamente hacia la noche! ¡Temblad —me decía enfervorecido—, salvajes de los bosques, porque Roma marcha por vuestras lindes!

La cohorte recorrió en contenido silencio toda la via pretoria del campamento hasta la puerta norte, donde los vigilantes ya nos habían dejado el paso expedito y nos observaban con curiosidad desde lo alto de la muralla. Allí distinguí al prefecto Liborio moviéndose de un lado para otro con una antorcha, dando instrucciones y protestando por la ineptitud de algún soldado. Pero entonces me llamó la atención otra figura que permanecía inmóvil muy cerca de él, envuelta en una capa roja y sin casco. Era Pompeyo.

Ignoro si algún otro soldado de la cohorte advirtió su presencia, aunque me inclino a pensar que no. Se cuidaba bien de permanecer en la penumbra y con el rostro tapado hasta los ojos, pero yo ya le había descubierto. ¡Maldito sea por siempre! ¡Qué bien intuía el destino que nos aguardaba mientras nos veía marchar desde la empalizada, sin necesidad de escuchar a sus harúspices!

Sólo Arranes, al percibir mi rostro alzado, levantó sus ojos hacia la muralla y se encontró con los de Pompeyo. No hubo un gesto, no hubo una palabra. Arranes pasó bajo la puerta y enfiló hacia las casas del poblado seguido del resto de la tropa. Cruzado aquel umbral él era el jefe; la expedición había sido fruto de su empeño y ahora era responsable de convertirla en una misión victoriosa. Indagué en su mirada buscando el reflejo de mi propio temor, mas no hallé otra cosa que una oscura determinación. Si es cierto que los hombres venimos al mundo con un destino encomendado, sin duda aquella era la noche en que Arranes partía para enfrentarse al suyo, arrastrándonos a todos con él.

La columna era tan larga que aún no habían terminado de salir del campamento los jinetes zagueros y ya la cabeza alcanzaba las últimas casas del poblado, desde donde se tomaba el camino del río. Todas las puertas de las chozas permanecían cerradas y quizás atrancadas a nuestro paso; la única luz era aún la de nuestras teas y la de la luna, pero el amanecer estaba cerca.

Inesperadamente, unos postigos chirriaron cuando cruzábamos por delante de una fachada. Vi la barbilla de Arranes volverse como una flecha y me di cuenta de que era la casa de Osaba Biurno. Entre las sombras del zaguán, el rostro blanquecino de un niño curioseaba por la abertura del portón. Neko.

Arranes detuvo su caballo a un lado de la columna con la excusa de supervisar su paso, pero no podía apartar sus ojos de los del niño que le espiaba. Yo hube de seguir marchando, o de lo contrario después tendría que remontar a mi puesto corriendo, pero aún pude distinguir la figura de una mujer apareciendo por detrás del pequeño Neko, en el umbral de la puerta. ¿Belartze? Debía ser ella a juzgar por la expresión nerviosa de mi tribuno, que sólo acertó a levantar una mano tímidamente como saludo antes de que ella cerrase el portón llevándose a su hijo hacia el interior. ¡Era tanto lo que Arranes quería decir a aquella dama, tan profundo el sentimiento que deseaba compartir con ella, que imagino cuánto debía doler un desprecio tan cruel!

Pero lejos de afligirse, Arranes se reincorporó a la delantera de la expedición más encorajinado que nunca y marcó un paso bien ligero por el camino que declinaba hacia el río.

Al llegar al puente de madera los primeros rayos del alba asomaban en la distancia, y por encima de mi hombro percibí la infinita hilera de soldados que descendía culebreando por la colina. Transparente y afilado como una placa de hielo, el presentimiento de que un destino horrible aguardaba a aquellos hombres atravesó mi pecho de parte a parte.